

El Sábado Cristiano

Reposo Divino en Jesucristo



El Sábado Cristiano

Reposo Divino en Jesucristo

Por J. Michael Feazell

La Ley y la Promesa

En Diciembre de 1994, la Iglesia de Dios Mundial cambió su doctrina sobre el séptimo día sábado y sobre las siete fiestas anuales de Levítico 23.¹ La iglesia había creído y enseñado vigorosamente desde su formación en 1933 que la observancia del séptimo día sábado y los siete días santos anuales eran requeridos para los cristianos, y que los verdaderos cristianos eran guardadores del sábado y guardadores de los días santos.

Arrraigados a los Diez Mandamientos

La base de nuestra convicción de que debíamos guardar el séptimo día sábado había sido nuestra creencia de que los Diez Mandamientos son obligatorios para los cristianos. Simplemente dicho, si los Diez Mandamientos están en vigencia, entonces el mandamiento del sábado está en vigencia y el mandamiento del sábado es claro acerca de que el séptimo día es el sábado.

Irónicamente, incluso muchos protestantes americanos nunca han pensado dos veces si los Diez Mandamientos, como un cuerpo de ley, son obligatorios para los cristianos. Simplemente asumen que lo son. No es fuera de lo común que los protestantes coloquen los Diez Mandamientos en placas sobre las paredes o hagan que sus hijos los memori-

1. Para estudios sobre el sábado y el cambio doctrinal sobre los días santos, vea el sitio (en inglés) de la IDM en la internet <http://www.wcg.org/lit/law> o llame al número telefónico 1-626-304-6140.

Cuando éste “nuevo convenio” fue introducido, el “antiguo convenio” expiró. Desde ese entonces, la invitación al reino de Dios fue abierta para todas las personas, no sólo para un pueblo. El primer convenio o pacto, fue una preparación, podría decirse que fue una puesta del escenario, para el verdadero convenio—el nuevo pacto en la sangre de Cristo.

El primer pacto fue diseñado para ser para Israel (Gálatas 3:23-25), y fue temporal, sólo hasta que llegara el momento correcto. Entonces, el plan de Dios para atraer a los seres humanos a Su reino entró en alta velocidad, y Su propio Hijo vino a ser uno de nosotros.

Todo según lo planificado

El pacto del Sinaí, estando como lo está entre la promesa hecha a Abraham y la venida de Cristo, nunca tuvo la intención de durar para siempre. Más bien, fue una fase vital en el plan de Dios para cumplir Su promesa a Abraham y a todos los que, como Abraham, creen en Su palabra (Gálatas 3:7-9). En ese pacto sinaítico, como en todo pacto que Él ha hecho con los seres humanos,² está el brillante reflejo del carácter y del amor de Dios por Su pueblo—pero el clímax todavía estaba por llegar.

Cuando Jesucristo llegó, según la promesa de Dios y según el plazo establecido por Dios (Gálatas 4:4-5), los seres humanos fueron confrontados con infinitamente más que sólo el reflejo.

Fueron confrontados con el *verdadero* carácter y corazón de Dios en la persona de Su propio Hijo (Hebreos 1:1-3) e invitados a entrar a Su reino ¡poniendo su fe en Él! Los Diez Mandamientos fueron dados a Israel; Jesucristo fue dado a *todo el mundo*.

El pacto del Sinaí tenía la intención de formar la fe del pueblo de Dios hasta que viniera el Mesías (Cristo). Entonces, con Su llegada, el pacto del Sinaí se extinguió (2 Corintios 3:7-11), así como Dios lo había planificado desde el principio, y el “nuevo pacto” (Mateo 26:28) en la sangre de Cristo empezó. El tiempo había llegado para que aquellos que aceptaran y creyeran en el evangelio, vinieran a estar bajo una nueva administración de la voluntad de Dios,

la administración del Espíritu Santo (Romanos 8:1-17). Desde ese entonces, al poner su confianza en Jesucristo, el pueblo de Dios sería declarado justo por Dios mismo. Dios lo perdonaría y le cambiaría su corazón (Hebreos 8:7-13).

El pacto con Israel

Muchas personas se sorprenden al descubrir que los Diez Mandamientos fueron dados sólo para Israel, y no para el resto del mundo. Comúnmente entre muchos cristianos, se asume que los “Diez Grandes” fueron diseñados para todos los seres humanos y especialmente para los cristianos. Pero la Biblia es muy clara acerca de quiénes son los receptores de la ley del Sinaí.

El último verso del libro de Levítico lo resume de ésta manera: “Estos son los mandamientos que el SEÑOR le dio a Moisés para los israelitas, en el monte Sinaí” (Levítico 27:34). El verso 46 del capítulo anterior ofrece la misma información básica: “Estos son los estatutos, preceptos y leyes que, por medio de Moisés, estableció el SEÑOR en el monte Sinaí entre él y los israelitas.”

Estos son definitivamente los mandamientos de Dios. Pero, ¿para quiénes lo son? Lo son para los israelitas, dados a ellos por Dios a través de Moisés en el monte Sinaí. Ellos son la parte dada a Israel en el pacto que Dios hizo con ellos.

La promesa del pacto

En pasajes tales como Deuteronomio 29:22-28 y 32:45-46 encontramos que la promesa principal asociada con el pacto de Dios con el antiguo Israel fue la promesa de una tierra. Si Israel guardaba el pacto, ellos permanecerían por largo tiempo en la tierra, si ellos abandonaban el pacto, entonces ellos perderían la tierra.

Alguien podría preguntar: “Pero, ¿no están los Diez Mandamientos separados del pacto? ¿Por qué los está usted incluyendo en el pacto?” Deuteronomio 4:13 tiene la respuesta. ~~Al estar recordándole a los israelitas los eventos del~~

2. Los pactos de Dios con los seres humanos en el Antiguo Testamento incluyen el que hizo con Noé (Génesis 9:9-17), con Abraham, Isaac y Jacob (Génesis 15:18; 17:2-21; etc.), con Israel en el Sinaí (Éxodo 19:5; 24:7), con Josué e Israel (Josué 24:25), con David (2 Samuel 7:1-17), y el pacto que estaba profetizado por venir (Jeremías 31:31).

Sinaí, Moisés dijo: “El SEÑOR les dio a conocer su pacto, los Diez Mandamientos, los cuales escribió en dos tablas de piedra y les ordenó que los pusieran en práctica.”

El pasaje en Deuteronomio 5:1-6 también deja en claro que los Diez Mandamientos y el pacto no están separados. Lejos de estar separados del pacto, los Diez Mandamientos forman la pieza central del pacto.

Creado para extinguirse

En 2 Corintios 3:6-11, Pablo traza una analogía entre el pacto con Israel, escrito en tablas de piedra, y el pacto con los creyentes, escrito en los corazones humanos. Él escribió: “Él nos ha capacitado para ser servidores de un nuevo pacto—no el de la letra sino el del Espíritu; porque la letra mata, pero el Espíritu da vida.

El ministerio que causaba muerte, el que estaba grabado con letras en piedra [en referencia a los Diez Mandamientos], fue tan glorioso que los israelitas no podían mirar la cara de Moisés debido a la gloria que se reflejaba en su rostro, la cual ya se estaba extinguiendo. Pues bien, si aquel ministerio fue así, ¿no será todavía más glorioso el ministerio del Espíritu?

Si es glorioso el ministerio que trae condenación, ¡cuánto más glorioso será el ministerio que trae la justicia! En efecto, lo que fue glorioso ya no lo es, si se le compara con ésta excelsa gloria. Y si vino con gloria lo que ya se estaba extinguiendo, ¡cuánto mayor será la gloria de lo que permanece!”

Lo que Dios hizo con los antiguos israelitas fue glorioso. Pero Dios no había terminado. Desde el día uno, Él tenía en mente incluso una gloria más grande.

En el tiempo correcto

Cuando era el tiempo correcto Dios introdujo algo aun más glorioso, tanto más glorioso que causa que lo que Él hizo con Israel se mire desvanecido en comparación. Esto es así porque éste nuevo arreglo, que realmente es sólo el florecimiento, o la meta, o el clímax, o el cumplimiento del primer arreglo, incluye todo lo que el primer arreglo era y abarca exponencialmente aun más. Viene a ser todo aquello

hacia lo que el primer arreglo señalaba el cual fue diseñado a propósito sólo para insinuarlo.

Piense en una pequeña semilla dura y gris que un día, cuando es el tiempo correcto, produce una flor bella de color radiante, textura de terciopelo y dulce fragancia, y usted empieza a captar algo de la idea. Éste “nuevo pacto” empezó como lo que llamamos el “antiguo pacto.” Usted podría, en cierta forma, decir que realmente sólo hay un pacto, pero que creció para ser algo que cualquiera que lo vio cuando empezó, jamás se habría imaginado lo que llegaría a ser. Sólo Dios sabía exactamente a dónde se dirigía, y Él se mantuvo hablando acerca de ello a través de todo lo que llamamos el Antiguo Testamento.

Un pacto superior

La carta a los Hebreos nos da incluso más penetración hacia éste nuevo arreglo. Aquí se nos dice, “pero el servicio sacerdotal que Jesús ha recibido es superior al de ellos, así como el pacto del cual es mediador es superior al antiguo, puesto que se basa en mejores promesas” (Hebreos 8:6).

Éste nuevo pacto, o éste florecimiento del antiguo, es superior y viene con mejores promesas. Las promesas que vinieron con el primer pacto eran promesas de tierra. Pero las promesas superiores que vienen con éste pacto superior son nada menos que la vida eterna. La base de éste nuevo arreglo es nada menos que la sangre del Hijo de Dios—algo que el antiguo arreglo no podía ni siquiera imaginarse. “Esto es mi sangre del pacto, que es derramada por muchos para el perdón de pecados” (Mateo 26:28).

Dios sabía desde el inicio que el pueblo no tenía lo necesario para ser un pueblo santo. Pero ellos no sabían eso. Y para que las personas puedan entrar al reino de Dios, deben saber sus debilidades y aprender a depender totalmente de la gracia y misericordia de Dios.

Venir a Cristo es venir a saber que usted necesita a Cristo. Usted puede verse bien por fuera, pero por dentro usted, como todos los demás, es un(a) pecador(a). La ley de Moisés, dada en el Sinaí, sirvió para condenar abiertamente a todos así como lo eran realmente en sus corazones— rebeldes y pecadores. Pero entonces vino Cristo, y la ley del

Sinaí habiendo servido su propósito, se extinguió, y Cristo empezó a resplandecer con luz eterna.

La Ley: buena, pero temporal

Así que si la ley se extinguió, ¿significa eso que la ley es mala? Definitivamente no, dice Pablo. La ley es santa, justa y buena (Romanos 7:12). Pero la ley fue temporal (2 Corintios 3:11). Tuvo una función que desempeñar, una función dada por Dios. Estuvo en vigencia por un período de tiempo específico para un pueblo específico. Cuando vino Cristo, fue el tiempo designado por Dios para que la ley del Sinaí se hiciera a un lado. Pablo escribió: “Cristo es el fin de la ley, para que todo el que cree reciba la justicia” (Romanos 10:4).

Cuando decimos que Cristo es el fin de la ley, no queremos decir que la ley del Sinaí era una cosa mala que Cristo vino a destruir. Ese no es el punto que Pablo está elaborando. Pablo está elaborando el punto de que Dios dio la ley del Sinaí para un período de tiempo específico para un propósito específico, y ese propósito ahora ha sido cumplido. Él está diciendo que la ley fue parte de la forma usada por Dios para la puesta del escenario para que Cristo viniera. Ahora que Cristo ha venido, el propósito de la ley ha sido cumplido plenamente.

Diseñada para condenar

Pero, ¿cuál fue el propósito de la ley del Sinaí? Pablo dice que la ley vino para que el pecado pudiera ser hecho mucho más evidente (Romanos 5:20). En otras palabras, Dios dio la ley para que pudiera hacerse plenamente claro a todos que Su pueblo era pecador. Pero eso no es todo. Los gentiles, que no tenían la ley, también fueron mostrados como pecadores por sus propios corazones y conciencias en los cuales Dios escribe los requerimientos de la ley (Romanos 3:14-15).

Dos cosas estaban ocurriendo al mismo tiempo con la ley. Primero, fue a través de la ley que Dios hizo conocer Su voluntad al pueblo que Él escogió. Segundo, y más importante, junto con la ley como también a través de ella, Dios dio a conocer Su promesa.

Dios sabía que Israel, a pesar de la ventaja singular de

ser Su pueblo especial, se mostraría a sí mismo hostil y rebelde ante Su voluntad. (Lo mismo habría sido verdad con cualquier nación que Dios pudiera haber escogido para ser Su pueblo). Dios también conocía Su propia promesa de una gracia por venir, una promesa que era superior a la ley porque superaba al veredicto de la ley.

La promesa cumplida

La ley condenaba, pero la promesa, siendo superior, produjo perdón y reconciliación a través de Cristo, que murió en lugar de los pecadores (Romanos 5:15-17). Dios mismo, en Cristo, lleva la vergüenza y la muerte de los seres humanos que resulta de la rebelión e infidelidad de ellos, así como Él provee la obediencia y fidelidad que ellos necesitan para ser perdonados y salvados.

En Cristo, Dios da a conocer abundantemente que Él no sólo es el Dios de Israel, sino el Dios de todo ser humano. Las barreras de separación entre Israel y los gentiles son quitadas en Cristo: claramente ambos son pecadores y claramente ambos son redimidos. Ya no hay más separación (Efesios 2:11-18). Y ya que no hay más separación, también ya no hay más necesidad de los aspectos de la ley que estaban diseñados para crear la separación: la circuncisión, los sábados y las leyes de pureza.

Leyes de separación

Pablo frecuentemente trata la circuncisión, y especialmente lo hace en su carta a los gálatas. En Gálatas 5:3, él enseña que cuando los gentiles son circuncidados de acuerdo con la ley, están obligados a obedecer toda la ley. Eso es así porque la circuncisión era una señal del pacto entre Dios e Israel.

De la misma manera, el sábado era una señal entre Dios e Israel (Éxodo 31:13). El mismo hecho de que el sábado era una señal que designaba que Israel era el pueblo especial de Dios, muestra que el sábado no era un mandato perteneciente a los gentiles. Los gentiles no eran pecadores por trabajar en el sábado, porque el sábado nunca les perteneció. Ellos eran pecadores debido a su malicia, engaño, amargura, asesinato, destrucción y cosas semejantes (Romanos

3:9-20).

Lo mismo es verdad tocante a las leyes de pureza. Ellas fueron dadas para demostrar la separación entre Israel y los gentiles (Levítico 20:25-26), una separación que existió sólo hasta que Jesús vino.

Es por eso que hubo tanta controversia en la iglesia primitiva tocante a las reglas que gobernaban las comidas entre judíos y gentiles. No sólo estaban los judíos bajo estrictas reglas alimenticias y de lavamientos según la ley, sino que incluso ellos no comerían con los gentiles para evitar la contaminación ritual. Fue tocante a éste asunto de la separación por causa de las leyes de pureza que Pablo reprendió a Pedro en el incidente de la comida en Antioquía (Gálatas 2:11-16).

La ley y el Espíritu

Así que, ¿dónde nos deja eso? No estamos bajo la ley del Sinaí (Romanos 6:14). ¿Significa eso que deberemos pecar? No, por supuesto que no, dice Pablo (v. 15). Ahora hemos sido hechos uno con Cristo. Ahora estamos bajo Su ley (1 Corintios 9:20, 21), y servimos a Dios de una nueva manera—la manera del Espíritu (Romanos 7:4-6).

En el capítulo dos veremos la relación entre la ley y el Espíritu.

La Ley y el Espíritu

En el capítulo uno vimos que la ley del Sinaí, o la ley de Moisés, fue el pacto de Dios con el antiguo Israel y no con la iglesia. Vimos que sirvió un propósito vital en el plan de Dios, y que Dios la diseñó para que se extinguiera cuando Jesucristo, a quien precedía y señalaba, llegase.

En el capítulo dos, veremos la conexión entre la ley del Sinaí y la ley de Cristo.

Bajo una nueva ley

Según el apóstol Pablo, los cristianos no están bajo la ley del Sinaí (Romanos 6:14). Pero, ¿qué significa no estar bajo la ley? ¿significa que deberemos pecar? “¡De ninguna manera!” responde Pablo (v. 15)

Pablo explica que ahora hemos sido hechos uno con Cristo, y como tales, ahora servimos a Dios de una nueva manera—la manera del Espíritu—no en la manera antigua del código escrito (Romanos 7:4-6). Ahora estamos bajo una “nueva ley”—la ley de Cristo (1 Corintios 9:21; 1 Juan 2:3; Juan 6:28-29; Hebreos 13:21).

La ley de Moisés—la ley dada a Israel en el Sinaí, incluyendo los Diez Mandamientos—fue dada sobre la base del sacerdocio levítico (Hebreos 7:11). Cuando Cristo vino como Sumo Sacerdote para siempre, Él reemplazó al sacerdocio levítico, y junto con el sacerdocio, reemplazó a la ley que se basaba en ello (v. 12). Él estableció un nuevo sacerdocio, y la ley que se basa en éste nuevo sacerdocio es la ley de Cristo (1 Juan 2:3; 3:21-24; 4:13-21).

Pablo escribió en 1 Corintios 9:20 que él no estaba bajo la

ley, refiriéndose a ley del Sinaí. Pero el hecho de que él no estaba bajo la ley del Sinaí no significaba que él no estaba bajo ninguna ley de Dios, puesto que estaba bajo la ley de Cristo (v. 21).

La ley del Sinaí, que en verdad fue una ley de Dios, había sido trascendida y reemplazada por la ley de Cristo, que también es una ley de Dios. La ley del Sinaí, o la ley de Moisés, fue la ley de Dios para Israel hasta que vino Cristo (Gálatas 3:24-25). Entonces, así como Dios lo planificó, cuando vino Cristo, la ley de Cristo vino a ser la ley para todos los pueblos. Lo temporal fue reemplazado, justo en el tiempo programado, por lo permanente.

Expuestos como pecadores

La ley del Sinaí exponía a todos como pecadores (Romanos 3:19-20). Cuando Jesús vino, fue el tiempo de Dios para derrotar al pecado (Hebreos 9:26). Eso no podía hacerlo un conjunto de reglas. Sólo Dios podía hacerlo. Y eso es lo que Dios ha hecho en Cristo (Romanos 3:21-26).

En Cristo, Dios se hizo humano. Él, puesto que permaneció sin pecado y sin culpa, llevó nuestro pecado y culpa sobre Sí mismo, murió y fue resucitado en gloria.

Eso cambió todo. Ahora es claro para aquellos que creen en el mensaje de Jesús que el propósito de Dios desde siempre fue abrir la puerta de Su reino a todos los seres humanos. Él ha hecho lo que ningún mero ser humano podía hacer y lo que la ley de Moisés no podía hacer—Él ha derribado la barrera imposible que estaba entre Él mismo y los seres humanos pecadores.

Ahora los seres humanos son capaces de aceptar la invitación a pasar a través de esa puerta—de hacer la decisión de fe—es decir, creer que Jesús es el Hijo de Dios y que confiar y seguirle es la cosa más importante en el mundo (Romanos 3:21-22).

La ley de Cristo

Sería un gran error pensar que la ley de Cristo es simplemente la sustitución de un conjunto de reglas por otro. La ley de Cristo no es un conjunto codificado de reglas, aunque el Nuevo Testamento sí nos da claras descripciones

de la clase de conducta que es característica de aquellos que están bajo la ley de Cristo (Gálatas 5:22-26; 6:2; Efesios 4:20-6:20; Filipenses 2:1-18; Colosenses 3:1-4:6; etc.).

Mucho más allá que cualquier mero conjunto de reglas, la ley de Cristo constituye un completo reordenamiento de la vida, un cambio total del corazón, mente, intención y propósito—un cambio causado por el Espíritu Santo obrando en nosotros. La ley de Cristo es idéntica a la ley de Dios, y es aquello hacia lo que la ley de Moisés, la cual fue temporal, siempre señalaba (Romanos 3:21-22; 1 Pedro 1:10-11; Juan 5:39-40, 45-46; Lucas 24:44-47).

La ley de Cristo, que también es la ley de Dios (1 Corintios 9:20-21), puede ser resumida en dos mandamientos generales: “Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y que nos amemos los unos a los otros, pues así lo ha dispuesto” (1 Juan 3:23).

El mandamiento más importante

Al obedecer la ley de Cristo, que otra vez, es idéntica a la ley de Dios, estamos cumpliendo lo que Jesús llamó los “mandamientos más importantes” de la ley de Moisés. Se le preguntó a Jesús, “—Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley? —Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente” —le respondió Jesús—. Éste es el primero y el más importante de los mandamientos. El segundo se parece a éste: Ama a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas” (Mateo 22:36-40).

Jesús dijo que cuando ponemos nuestra fe en Él, estamos demostrando nuestro amor por el Padre (Juan 5:23; 8:42), lo cual cumple el primero de los dos mandamientos más importantes de la ley de Moisés. Cuando obedecemos el mandato de Jesús de amarnos los unos a los otros (Juan 13:34-35; 15:12, 17), estamos cumpliendo el segundo de los dos mandamientos más importantes de la ley de Moisés.

Pero hay mucho más en la ley de Cristo. Si fuera simplemente un asunto de hacer éstas cosas por nuestra propia cuenta, seguramente fracasaríamos, ya que no tenemos lo que se requiere.

Permaneciendo en Cristo

Bajo la ley de Cristo, cuando obedecemos los mandatos de Jesús al poner nuestra fe y confianza en Él, el Espíritu Santo viene a hacer Su morada en nosotros (Juan 14:15-17, 21). Cuando el Espíritu Santo vive en nosotros, el Padre y el Hijo también están viviendo en nosotros (v. 23), ya que Dios es uno.

Al permanecer nosotros en Cristo, la “vid” verdadera, llevamos fruto, pero sólo porque estamos en Él (Juan 15:1-8). Es por ésta razón que Pablo es capaz de decir: “Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús, pues por medio de Él la ley del Espíritu de vida me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte. En efecto, la ley no pudo liberarnos porque la naturaleza pecaminosa anuló su poder; por eso Dios envió a su propio Hijo en condición semejante a nuestra condición de pecadores, para que se ofreciera en sacrificio por el pecado. Así condenó Dios al pecado en la naturaleza humana, a fin de que las justas demandas de la ley se cumplieran en nosotros, que no vivimos según la naturaleza pecaminosa sino según el Espíritu” (Romanos 8:1-4)

Justicia sin mediación de la ley

A la iglesia en Roma, Pablo declaró audazmente: “Pero ahora sin la mediación de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, de la que dan testimonio la ley y los profetas” (Romanos 3:21). Puesto que estamos en Cristo, Dios no sólo perdona nuestros pecados sino que también provee la justicia que los creyentes necesitan—Su propia justicia—y es una justicia que no viene por guardar la ley del Sinaí. Es una justicia dada por Dios—una justicia que viene sólo por la fe en el propio Hijo de Dios, algo que según Pablo las Escrituras del Antiguo Testamento, de hecho, ya habían estado declarando desde el principio.

Pablo continuó, “ésta justicia de Dios llega, mediante la fe en Jesucristo, a todos los que creen” (v. 22). Una vez que Cristo llegó, el verdadero significado de todas las escrituras fue revelado—la salvación viene a los seres humanos sólo por la fe en Jesús. La ley de Moisés probó que todos son pecadores; en Cristo todo aquel que cree es salvado, y salvado sin esa ley.

En breve, somos salvados porque *Dios* es justo, no porque *nosotros* seamos justos. La justicia de Dios, es decir, Su fidelidad a Su promesa pactual hecha a Abraham, fue atestiguada por la ley y los profetas (el Antiguo Testamento) y se ha manifestado plenamente en la muerte y resurrección de Jesús. La justicia de Dios, es decir, Su fidelidad al pacto, nos transforma a nosotros los pecadores en Sus propios hijos perdonados y redimidos a través de la fe en Jesucristo.

Cristo es nuestra justicia—es decir, nuestra sabiduría, santificación, redención y justificación (1 Corintios 1:30). Ésta justicia, la cual por sí sola es verdadera justicia, no procede de nosotros mismos, sino de Dios, y viene sólo de Dios y sólo por la fe (Filipenses 3:9).

Ve usted, lo que Pablo escribió en Romanos 3:28 no es negado por lo que escribió en el verso 31. Pablo no se está contradiciendo a sí mismo. En el verso 28 escribió: “Porque sostenemos que todos somos justificados por la fe, y no por las obras que la ley exige.” En el verso 31 escribió: “¿Quiere decir que anulamos la ley con la fe? ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la ley.”

Pablo habla en serio. No somos declarados justos por guardar la ley dada en el Sinaí. Somos declarados justos sólo por la fe en Cristo. Cuando Cristo vino, el propósito de la ley del Sinaí fue logrado. “Cristo es el fin de la ley, para que todo el que cree reciba la justicia” (Romanos 10:4).

Cristo fue el cumplimiento de la ley del Sinaí. Él fue su meta, su finalidad, su propósito. Por diseño de Dios, la ley estaba preparando a Israel para Cristo, y a través de Israel todo el mundo estaba siendo preparado para Cristo. Pero los judíos de los cuales Pablo estaba escribiendo retuvieron la ley del Sinaí, y al hacerlo así, no tuvieron lugar para aceptar a Cristo. Al rechazar a Cristo, ellos completamente ignoraron el punto de lo que Jesús llamó “la ley de ustedes” (Juan 10:34).

La ley y el Espíritu

La ley del Sinaí sirvió para condenar la rebelión humana en contra de Dios—pero a través de la propia iniciativa amorosa de Dios en Jesucristo, el Espíritu está ahora obrando para transformar los corazones rebeldes en cora-

ziones fieles (Romanos 5:20-21). La ley de Cristo manda una vida de fe en Cristo que es dirigida por el Espíritu—una vida que confía en el bondadoso amor de Dios hacia nosotros y que está marcada por un amor auto-sacrificial hacia Dios y hacia los demás seres humanos (1 Juan 3:21-24).

Los creyentes están bajo la ley de Cristo, bajo el Espíritu—no bajo la ley del Sinaí—y como tales no son considerados pecadores, porque el Espíritu convierte a los creyentes en hijos de Dios, personas en quienes Dios vive y que aman con el amor de Dios. “¡Dichoso aquel cuyo pecado el Señor no tomará en cuenta!” dice Pablo refiriéndose a los creyentes (vea Romanos 4:4-8).

Muchas personas encuentran eso demasiado difícil de creer. Ellas preguntan: “¿Por qué Dios ‘contaría’ justos a los creyentes, aun cuando todavía pecan? ¿Por qué Él simplemente no contaría sus pecados contra ellos? Dios no pretenderá que somos justos así nada más. Seguramente hay algo que debo hacer. Seguramente debo dejar de pecar antes que Dios me cuente como justo.”

Pero ese es exactamente el punto de Pablo. Si nosotros podemos ser justos por nosotros mismos, entonces no necesitamos a Dios. Sin embargo, el estado real de las cosas es que nosotros no podemos ser justos por nosotros mismos, y sí necesitamos a Dios. Por sí solos, somos pecadores despreciables, miserables y desahuciados. Sólo Dios puede declararnos justos, y Él nos ama tanto que ha dado los pasos para hacer exactamente eso. Él lo hace porque es bueno. Lo hace por Su gracia, no porque lo merezcamos, pues no lo merecemos. No tenemos ninguna justicia propia, y el único camino a la justicia de Dios es a través de la fe en Cristo. Por Su gracia a través de la fe en Cristo, Dios perdona nuestros pecados y pone a nuestra cuenta la justicia de Cristo.

Fe en la promesa

La carta de Pablo a los Gálatas es fuerte. Él sabía que si ellos escuchaban a los llamados judaizantes y se ponían a sí mismos bajo la ley del Sinaí, estaban escogiendo no tener fe en Cristo (Gálatas 5:2-3). Estarían rechazando a Cristo y a la ley de Cristo. Estarían ignorando el punto central de la ahora ya extinguida ley de Moisés.

Como Jesús había dicho, si los judíos le hubieran creído a Moisés, habrían creído en Jesús, porque la ley de Moisés fue diseñada deliberadamente para declarar Su venida (Juan 5:46-47; Lucas 24:45-46). La ley mosaica estuvo en vigencia por un período de tiempo específico, desde el Sinaí hasta Cristo.

Cuando Cristo apareció, todo aquello para lo cual Dios había estado preparando al mundo, fue revelado. Cuando Cristo fue resucitado de los muertos, todo lo que Dios había prometido a Israel fue cumplido (Hechos 13:32). Incluso las promesas que Dios le hizo a David fueron diseñadas para ser cumplidas por la resurrección de Jesús (v. 34). Éste asombroso misterio de las edades fue revelado—sin embargo, muchos de aquellos que tenían la ley escogieron rechazar lo que Dios estaba revelando (vv. 38-41).

No por la ley

Dios quiere que Su pueblo ame como Él ama, no meramente que se amolde a normas de conducta y rituales de separación. Jesús repetidamente condenó a aquellos que se amoldaban a la letra de la ley pero cuyos corazones estaban sin el amor de Dios.

Dios quiere que tengamos un nuevo corazón, un corazón de fe, un corazón en el cual more el Espíritu. Sólo el Espíritu Santo produce el amor de Dios en nosotros (Romanos 5:5) y nos capacita para guardar la ley de Cristo (1 Juan 3:21-24). El Espíritu viene sólo por creer. El Espíritu no viene por guardar la ley (Gálatas 3:2-5). Esa es la razón por la cual Pablo enseña que la ley del Sinaí debe hacerse a un lado para dar lugar al nuevo camino del Espíritu, el camino de la ley de Cristo.

Algunos han malentendido Hechos 5:32 (“Nosotros somos testigos de estos acontecimientos, y también lo es el Espíritu Santo que Dios ha dado a quienes le obedecen.”) queriendo decir que Dios da Su Espíritu sólo a aquellos que guardan la ley del Sinaí. Sin embargo, como recién hemos visto en Gálatas 3:2-5, no recibimos el Espíritu por guardar la ley. Recibimos el Espíritu sólo por la fe en Jesucristo. Y ese es precisamente el punto que Pedro estableció en Hechos 5:32.

Pedro estaba respondiendo a las órdenes del concilio judío de que no predicase en el nombre de Jesús. Pedro declaró que los discípulos de Jesús debían obedecer a Dios, quien les había mandado predicar la fe en Jesús, y no obedecer a las personas que les ordenaban detenerse (vv. 27-31). La obediencia a la que Pedro se está refiriendo no es la obediencia a la ley del Sinaí, sino la obediencia a la nueva obra que Dios había hecho al enviar a Su Hijo para que todo el que cree en Él no perezca, sino tenga vida eterna.

Se necesita un corazón nuevo

Muchas personas son buenas para guardar ciertas reglas. Pero si el amor de Dios no está en sus corazones, entonces su éxito en guardar reglas encuentra una manera de hacer que sus corazones se vuelvan rancios. Sin el amor de Dios, ellos se vuelven jueces con una vista agudizada en los fracasos de los demás. Se vuelven orgullosos y arrogantes, y empiezan a tener la idea de que el reino de Dios es sólo para ellos, “los obedientes,” y no para los pecadores. Empiezan a verse a sí mismos como mejores que los pecadores.

Mientras mejor guardan las reglas, más y más oscura se hace para ellos su propia pecaminosidad. Su propia necesidad de un Salvador se hace menos clara, y empiezan a imaginarse una gran ruptura espiritual entre ellos mismos y la gente común. (Si usted ha sido cristiano(a) por largo tiempo, probablemente ha experimentado esa tendencia en usted mismo(a) de cuando en cuando. Sospecho que todos la experimentamos).

Dirigidos por el Espíritu

Sin embargo, cuando el amor de Dios penetra el corazón los creyentes encuentran que ocurren dos cosas extraordinarias a la misma vez. Primera, ellos se sorprenden placenteramente al darse cuenta que se está empezando a sentir como algo natural el desear las cosas de Dios. Segunda, se mortifican y entristecen al empezar a notar la aparentemente desahuciada extensión de la torcida red de oculta perversidad en sus corazones.

Eso es debido a que el Espíritu está obrando. El Espíritu, a través de la ley de Cristo, nos está re-cableando, por así

decirlo, para que así podamos empezar a apreciar y amar las cosas que Dios ama. Al mismo tiempo, podría decirse que en el lado opuesto de la misma moneda, Él empieza a iluminar las esquinas oscuras de nuestros corazones, para que podamos ver con la luz de Dios lo que realmente está pasando ahí adentro.

La lucha está ocurriendo. El creyente es un ciudadano del reino eterno, y como tal, él o ella camina con Cristo con un agudo sentido de estar en necesidad de la inagotable misericordia y gracia de Dios. Pero él o ella también empieza a sentir la presencia del ilimitado poder de Cristo que le ayuda a abandonar las formas egoístas y odiosas de la vida antigua. Se empiezan a formar hábitos nuevos y piadosos y los hábitos antiguos e impíos empiezan a desvanecerse.

Enseñados por Cristo

Estamos aprendiendo a caminar en el divino amor que Dios nos ha dado. El Maestro, por supuesto, es Cristo. Eso es lo que significa ser discípulos de Cristo. Significa ser Sus estudiantes.

Cristo también es la Palabra viviente de Dios. El Espíritu Santo ha inspirado la Biblia para ser un medio indispensable para comunicar la vida interna de Cristo hacia nosotros. Por eso es que los cristianos hacen de la lectura, el estudio y la meditación de la Biblia, una parte central de su vida diaria.

Al leer la Biblia, pidiéndole a Dios que bendiga nuestro entendimiento y nos ayude a escuchar Su voz para nosotros, Dios nos enseña, nos reprende, nos corrige, nos entrena en justicia y nos equipa para toda buena obra (2 Timoteo 3:16-17). A través de éste y otros medios, incluyendo la Cena del Señor (Juan 6:53-57) y a través de la enseñanza fiel de los líderes de la iglesia (Efesios 4:11-16), Dios nos dirige continuamente hacia una comunión con Él que siempre se profundiza.

Motivados por la gracia

Pablo sabía que la gracia de Dios, cuando la aceptamos, es efectiva para motivarnos hacia una vida piadosa en formas que la ley de Moisés nunca podría. Él escribió éstas

palabras a Tito: “En verdad, Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en éste mundo con justicia, piedad y dominio propio, mientras aguardamos la bendita esperanza, es decir, la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Él se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo elegido, dedicado a hacer el bien” (Tito 2:11-14).

El sábado cumplido en Cristo

Hemos visto que los cristianos no están bajo la ley dada en el monte Sinaí, la cual fue una expresión temporal de la ley de Dios para Israel hasta que vino Cristo, sino que están bajo la ley de Cristo, la cual es la ley de Dios para siempre.

Hemos visto que los cristianos son dirigidos por el Espíritu Santo, quien hace Su morada en los creyentes y nos enseña a vivir por la Palabra de Dios. En el capítulo tres miraremos más cercanamente al día sábado y su cumplimiento en Jesucristo.

Entrando al reposo de Dios

En el capítulo dos, vimos que la ley dada a Israel en el Sinaí, la cual incluye a los Diez Mandamientos, fue diseñada para durar sólo hasta que viniera Cristo. Vimos que los cristianos no están bajo la ley, sino que están bajo la ley de Cristo y son dirigidos por el Espíritu Santo. En el capítulo tres, veremos más cercanamente al día sábado y su cumplimiento en Jesucristo.

La pregunta natural

La pregunta que los guardadores del séptimo día sábado han tomado en serio es ésta: “Puesto que la ley dada en el Sinaí es la *ley de Dios*, entonces ¿por qué nosotros no deberíamos, como cristianos, guardarla *como está escrita*?” En verdad, ese es el punto bajo consideración. Si Dios ordena, Su pueblo debe obedecer. Pero la respuesta que a los

La Ley	La Ley de Cristo
Gloriosa (2 Cor. 3:7)	Excelsamente más gloriosa (2 Cor. 3:10)
Temporal (2 Cor. 3:11; Gál. 3:19)	Permanente (2 Cor. 3:11; Rom. 5:9-11)
Emana de la ley de Dios (Gál. 3:19-21)	Es idéntica a la ley de Dios (1 Cor. 9:21)
Demostó el fracaso humano (Rom. 3:20; 5:20; 7:13)	Constituye el éxito humano (Rom. 7:6; 8:3-4)
Un precursor (Gál. 3:23-25; Rom. 3:21; Jn. 5:39-40)	El resultado final (Gál. 3:23-25; Rom. 3:21-26)
No se basaba en la fe (Gál. 3:12)	Se basa en la fe (Gál. 3:24; Rom. 3:22; 5:1-2; 1 Jn. 3:23)
Escrita en tablas de piedra (2 Cor. 3:7)	Escrita en corazones humanos (Heb. 8:10)
Diseñada para extinguirse (2 Cor. 3:11)	Diseñada para durar para siempre (2 Cor. 3:11)

Los cristianos están bajo la ley de Dios, pero no bajo la forma de ella dada en el Sinaí

1 Corintios 9:20-21—“Entre los judíos me volví judío, a fin de ganarlos a ellos. Entre los que viven bajo la ley me volví como los que están sometidos a ella (aunque yo mismo no vivo bajo la ley), a fin de ganar a estos. Entre los que no tienen la ley me volví como los que están sin ley (aunque no estoy libre de la ley de Dios sino comprometido con la ley de Cristo), a fin de ganar a los que están sin ley.”

Implicaciones

- Los judíos estaban bajo la ley (v. 20)
- Los gentiles no tenían la ley (v. 21)
- Pablo no estaba bajo la ley (v. 20)
- Aunque Pablo no estaba bajo la ley, él podía ser como uno que estaba bajo la ley (v. 20)
- La ley no era obligatoria para Pablo, porque él podía ser como uno que no tenía la ley (v. 21)
- Pablo no estaba libre de la ley de Dios, porque él estaba bajo la ley de Cristo (v. 21)
- “La ley” y “ley de Dios” no son idénticas, porque Pablo no estaba bajo “la ley” pero sí estaba bajo la “ley de Dios” en la forma de la “ley de Cristo” (v. 21)
- “La ley” y “ley de Cristo” no son idénticas, pero la ley de Dios y la ley de Cristo sí son idénticas (vv. 20-21)
- Los cristianos están bajo la ley de Cristo
- Los cristianos no están bajo “la ley”

guardadores del sábado se les ha enseñado es la respuesta equivocada. A ellos se les ha enseñado que ya que la ley dada en el Sinaí es en verdad la ley de Dios, entonces obviamente los cristianos deben guardarla, y puesto que el mandato del séptimo día sábado es parte de la ley de Dios dada en el Sinaí, entonces a los cristianos se les manda guardarla también. Pero esa no es la respuesta bíblica.

La respuesta bíblica es que la ley dada en el Sinaí, incluyendo al mandato del sábado, fue la ley de Dios para *Israel* (Levítico 26:26; Deuteronomio 4:13), y fue la ley de Dios para Israel *hasta* que viniera Cristo (Gálatas 3:19). No era la ley de Dios para todas las personas, ni tampoco era la ley de Dios para todos los tiempos. Fue para Israel, fue temporal; estuvo en vigencia hasta Cristo, y cuando Él llegó

fue trascendida y por lo tanto se extinguió (2 Corintios 3:7-11). No es sorpresa que Juan, escribiendo cerca de 60 años después de la resurrección de Jesús, fue inspirado para usar tales términos como “Pascua de los judíos” (Juan 2:13; 6:4; 11:55), “Fiesta judía de los Tabernáculos” (Juan 7:2), y “fiesta de los judíos” (Juan 5:1) en referencia a las fiestas anuales. Ahora que Cristo, el Objeto y Propósito de la ley de Moisés, había venido, fue claro para Juan que las fiestas de la ley no estaban intencionadas para los cristianos. Ellas eran, más bien, fiestas de los judíos.

Usando la ley

La ley del Sinaí ya no es más el instructor del pueblo de Dios (Gálatas 3:24-25). Nuestro instructor es Cristo, quien nos instruye a través del Espíritu Santo (Juan 14:26). No estamos bajo la ley del Sinaí (1 Corintios 9:20-21). Estamos bajo la ley de Cristo (1 Juan 3:21-24). Aun así, el Espíritu *usa la ley de Moisés como una de las maneras por la cual Él nos instruye*. Esto es importante de entender. Es correcto decir que los cristianos no están bajo la ley de Moisés: Pablo deja eso en claro en pasajes como Romanos 7:6 y 1 Corintios 9:20.

Sin embargo, también es correcto decir que los cristianos *cumplen* la ley de Moisés. Ellos no cumplen la ley en el sentido de que la guardan tal como fue dada a Israel y en la manera en que a Israel se le ordenó guardarla. Pero ellos sí la cumplen en el sentido de *aquello hacia lo que Dios estaba apuntando con la ley*, es decir, la intención y el propósito verdaderos que siempre estaban detrás de los detalles de la ley.

Se dan en el Nuevo Testamento numerosas descripciones de comportamiento piadoso consistentes con la ley de Cristo, la cual es la ley de Dios para los cristianos (1 Corintios 9:20-21), (por ejemplo, Gálatas 5:13-6:10; Efesios 4:20-6:20; Colosenses 3:1-4:6). Éstas descripciones de la nueva vida en Cristo van mucho más profundo que los Diez Mandamientos. Ellas penetran profundamente hasta las intenciones del corazón, donde el Espíritu de Dios está obrando para moldearnos a la imagen de Cristo.

Cumpliendo la ley

A Jesús se le pidió identificar el mandamiento más importante en la ley de Moisés. Él respondió: “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente.’ Éste es el primero y el más importante de los mandamientos. El segundo se parece a éste: ‘Ama a tu prójimo como a ti mismo.’ De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas” (Mateo 22:37-40).

En otra ocasión Jesús dijo: “Así que en todo traten ustedes a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes. De hecho, esto es la ley y los profetas” (Mateo 7:12). Cuando estaba dando instrucción acerca de la conducta cristiana a los cristianos romanos, Pablo escribió esto: “No tengan deudas pendientes con nadie, a no ser la de amarse unos a otros. De hecho, quien ama al prójimo ha cumplido la ley. Porque los mandamientos que dicen: «No cometas adulterio», «No mates», «No robes», «No codicies», y todos los demás mandamientos, se resumen en éste precepto: «Ama a tu prójimo como a ti mismo.» El amor no perjudica al prójimo. Así que el amor es el cumplimiento de la ley” (Romanos 13:8-10).

No es inconsistente

Ahora podemos empezar a ver lo que Jesús quiso decir cuando mencionó que Él no vino a destruir la ley, sino a cumplirla (Mateo 5:17). Poner nuestra confianza en Jesús y seguirle en una vida de amor piadoso es la única manera de ser el verdadero y real pueblo de Dios (Gálatas 3:26-27). Sólo cuando somos uno con Cristo estamos de hecho caminando en fidelidad al pacto entre Dios y Su pueblo, porque sólo Cristo es fiel a Dios. Si vamos a ser contados fieles, debemos ser contados con Él.

Entonces, ¿quién pone Su amor en nosotros y viene a morar en nosotros para enseñarnos? Dios mismo. Cualquier cosa que Dios nos enseña en persona no es inconsistente con la ley que Él le dio a Israel. El mismo Dios trata a todos los seres humanos en la manera que está en armonía con Su plan.

Así la ley del Sinaí es instructiva y útil para los cristianos, porque refleja el corazón de Dios por Su pueblo Israel como nación. Sin embargo, como hemos visto en capítulos previ-

os, esa ley, como está escrita, fue específica para el antiguo Israel. Porque fue específica para el antiguo Israel, muchos de sus detalles no están intencionados para los cristianos, tales como el sacerdocio, el tabernáculo y la adoración en el templo, los reposos de la tierra, los requerimientos al vestirse y las celebraciones estacionarias. El séptimo día sábado es otro ejemplo. Ese mandamiento fue un señalador temporal hacia algo permanente que ahora se ha hecho disponible a través de la fe en Cristo.

El sábado

Pero, ¿no es algo bueno para las personas reposar del trabajo secular una vez a la semana y dedicarle ese día a Dios? Dudo que muchos cristianos objetarían contra el valor de apartar un día y usarlo para pasar un tiempo enfocado en Dios. Pero esa no es la verdadera pregunta de los guardadores del sábado. Su verdadera pregunta es: ¿No nos *manda* Dios guardar el séptimo día sábado semanal? Y la respuesta a esa pregunta es “No.” Dios sí mandó a los *israelitas* que guardaran el día sábado semanal. Pero Él nunca mandó el sábado semanal para nadie más.

El sábado semanal, como una señal entre Dios e Israel, identificó a los israelitas como el propio pueblo de Dios *hasta que vino Jesús*. Cuando Jesús vino, Él abrió la puerta a la verdadera realidad que el mandato del sábado sólo presagiaba o prefiguraba. La verdadera realidad es para todas las personas, no sólo para Israel. La verdadera realidad es el *propio reposo de Dios* —el reino de Dios— y ahora Jesús invita a todos los pueblos a entrar a ese reposo a través de la fe en Él.

La carta a los Hebreos nos dice que los cristianos han entrado a esa realidad de la cual el mandato del sábado, ahora reemplazado, sólo era un precursor. Dios está interesado en que nosotros entremos a Su propio reposo, el sábado eterno, y Su propio reposo no es un día de la semana. El día de la semana simbolizaba el reposo al cual Dios entró con Su creación cuando Él terminó Su obra creadora, pero el reposo de Dios *no se terminó* (Hebreos 4:3), y, paradójicamente, fue un reposo en el cual Él continuó trabajando (Juan 5:17).

Éste reposo espiritual eterno es el reposo que Dios ofrece a los creyentes, y es un reposo al cual se entra, no apartando un día a la semana, sino por fe, por creer en Aquel a quien Dios ha enviado (Hebreos 4:3). Como vimos en el capítulo tres, muchos cristianos cometen el error de pensar que el sábado semanal fue cambiado del séptimo día, sábado, al primer día, domingo. En otras palabras, ellos aplican el mandamiento del sábado al domingo. Pero la Biblia no hace tal cambio.

En la Biblia, el sábado cristiano no es un día de la semana. *El sábado cristiano es la vida del reino a la cual entran los creyentes por medio de la fe en Cristo.* No es un día entre siete—es la suma total de la vida de uno en Cristo para siempre. La Biblia nos está diciendo que Dios invita a los seres humanos a entrar a Su propio *reposo sin fin*, el reposo sabático en el cual la obra del reino es la única clase de obra que se lleva a cabo.

La verdadera realidad

Aunque el sábado semanal fue importante y tuvo su lugar vital por un tiempo, ahora que Cristo ha venido, Dios no quiere que nos contentemos con un mero precursor—Él quiere que tengamos la verdadera realidad (Colosenses 2:16-17). El precursor señalaba hacia la verdadera realidad. Era un tipo de vislumbre hacia el reposo eterno que Dios algún día haría disponible a través del Mesías. Pero ahora que la verdadera realidad está aquí y disponible, ya no hay necesidad de insistir que todavía necesitamos el señalador.

Esa es la razón por la cual Pablo era inflexible hacia los gentiles en las iglesias de los gálatas. Ciertos judíos les estaban diciendo a ellos que no podían pertenecer al pueblo de Dios a menos que fueran circuncidados y guardarán la ley. Pablo dice: “¡De ninguna manera!” Estar ligado a la ley del Sinaí es estar desligado de Cristo.

La ley no puede salvar. Ella sólo puede declarar que todos son pecadores (Gálatas 3:19). Su función está terminada (vv. 23-25). Los creyentes están ligados a *Cristo*, y no a la ley de *Moisés* (4:24-31). Los dos no hacen pareja; no están en el mismo nivel (5:2-6). El Uno reemplaza a la otra. Lo antiguo debe desvanecerse en favor de lo nuevo (2 Corintios 3:7-11).

El árbol no puede crecer a menos que la semilla muera y brote. La gloria del segundo es tan muchísimo más grande que la gloria del primero, que el primero no tiene gloria en comparación. La ley de Cristo reemplaza a la ley de Moisés (Juan 1:17).

Todo el consejo de Dios

Todo el consejo de Dios a la luz de Cristo tocante al sábado es que el reposo de Dios no es un mero día de 24 horas, sino que es *vida eterna*—la vida de la nueva creación en Cristo. Se entra a ella aquí y ahora a través de la fe en el Hijo de Dios (Colosenses 1:13-14), y después de la muerte, la disfrutaremos para siempre con cuerpos glorificados semejantes al de Cristo (Filipenses 3:21) haciendo las obras de Dios en unión y armonía con Él en los cielos nuevos y la tierra nueva.

Esa es una razón por lo que es tan vacío insistir en que el mandamiento del día sábado semanal está todavía en vigencia. Hacer eso es la misma cosa que decir que no creemos que el *reposo verdadero* está ahora disponible. Viene a ser la misma cosa que insistir en que los mandatos sobre los sacrificios están todavía en vigencia, ó que las leyes de las carnes limpias e inmundas y otras leyes de pureza están todavía en vigencia. Decir eso sería como decir que no creemos que el *sacrificio verdadero* ha sido hecho, ó que la *purificación verdadera* ha ocurrido.

Es un poco como decirle al conductor del autobús que todavía necesito el boleto de abordaje para acordarme que realmente hay un autobús y que yo estoy realmente en el autobús. Diría el conductor: “Pero no puedo permitir que aborde el autobús a menos que me entregue el boleto, si le entrego de regreso el boleto tendrá que bajarse del autobús. Ese boleto no tiene otro propósito más que permitirle la entrada al autobús. Ahora que usted ya está en él, el boleto ya está cancelado.” (Es sólo una analogía; si le ayuda, que bueno; si no, descártela).

Los guardadores del sábado entienden plenamente el punto acerca de los sacrificios. Saben que los mandatos sobre los sacrificios son hechos obsoletos por el sacrificio del Cordero de Dios, hecho una vez y para siempre. Pero el

concepto que el reposo verdadero está ahora disponible a través de Jesús a todo el que cree no es algo que ellos están preparados a aceptar. Una razón es que muchos maestros sabatistas no han acertado en el punto de la carta a los Hebreos, especialmente en su discusión del reposo sabático que queda para el pueblo de Dios.

El reposo que queda

Una lectura de Hebreos 3 y 4 nos muestra que los israelitas que murieron en el desierto no entraron al reposo que Dios tenía para ellos en la tierra prometida. La razón por la cual no entraron a ese reposo fue que ellos no creyeron en la promesa de Dios (Hebreos 3:19). El relato en Números 13 y 14 y Salmo 95 nos muestra que ellos no creyeron que Dios podía y haría lo que Él dijo que haría por ellos. Ellos no creyeron que Dios derrotaría a los canaanitas ante ellos y les daría la tierra. Ellos simplemente no confiaron en Él.

Usando éste relato de la incredulidad israelita como su ilustración, Hebreos 3:12 advierte a los cristianos, “cuidense, hermanos, de que ninguno de ustedes tenga un corazón pecaminoso e incrédulo que los haga apartarse del Dios vivo.” El punto está claramente hecho de que la *confianza en Dios* es requerida para poder entrar al prometido reposo de Dios. La *desobediencia* específica por la cual el pueblo de Dios está siendo advertido aquí es la desobediencia por *incredulidad o carencia de fe*.

Además, la fe específica que está siendo pedida en la carta a los Hebreos es la *fe en Jesucristo para salvación* (Hebreos 2:1-4; 3:1, 14; 10:19-23). Y hay algo más que debemos notar. La *tierra prometida* de los israelitas es llamada el *reposo de Dios* (Hebreos 3:11, 18).

Empezamos a darnos cuenta que el sábado semanal simbolizaba y señalaba hacia un reposo futuro mucho más grande que un día de la semana—incluso para el antiguo Israel. Señalaba hacia el “reposo” de entrar, poseer y habitar en la tierra prometida. Pero hay incluso una sorpresa más grande. Ese reposo de habitar seguramente en la tierra prometida, el reposo al cual por fin entraron sólo aquellos israelitas que creyeron en Dios, *ni siquiera era el reposo final*. “Porque si Josué les hubiera dado el reposo, Dios no

habría hablado posteriormente de otro día” (Hebreos 4:8). Todavía quedaba un reposo para el pueblo de Dios, un reposo final hacia el cual todos los reposos anteriores sólo pudieron señalar.

“Cuidémonos, por tanto, no sea que, aunque la promesa de entrar en su reposo sigue vigente, alguno de ustedes parezca quedarse atrás” (Hebreos 4:1). ¿Quiénes entran a éste reposo final y más grandioso? “En ese reposo entramos los que somos creyentes...” (v. 3) ¿Cómo puede nuestra entrada a ese reposo ser objetada? Siguiendo el ejemplo israelita de la desobediencia por *incredulidad* (v. 11).

Dios estableció un cierto día para el antiguo Israel bajo Josué, llamándolo “hoy,” cuando ellos podían por medio de la fe entrar al reposo que Él había preparado para ellos en la tierra prometida (Hebreos 3:7-11). A la generación anterior no se le había permitido entrar por casusa de su incredulidad.

Más tarde, a través de las palabras de David, Dios estableció otro día, también llamándolo “hoy,” cuando el pueblo de Dios *que creería en Él* podría entrar al reposo preparado para ellos (4:7). El reposo sabático que permanece para el pueblo de Dios (4:9) es un reposo al cual se entra por la fe en Cristo, y consiste en la salvación eterna. Es el *reposo de Dios*. Es el reino de los cielos, el reinado de Cristo. No entramos a él por medio de nuestras propias obras (4:10), sino por medio de la fe (4:3).

Yendo al punto

Entonces, ¿cuál es el punto de éste pasaje en Hebreos acerca de entrar al reposo de Dios? Cualquiera vez que leamos un “por lo tanto” en la Escritura deberemos leer cuidadosamente lo que le precede, porque el “por lo tanto” es el punto de lo que se ha dicho antes. Hebreos 4:14 dice, “por lo tanto, ya que en Jesús, el Hijo de Dios, tenemos un gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos, aferrémonos a la fe que profesamos.” Ese es el punto.

Es el punto de toda la Biblia: creer en Jesús. El punto de Hebreos 4 no es que el mandamiento del sábado semanal dado al antiguo Israel sea obligatorio para los cristianos, como los maestros sabatistas tratan de decir. Un concepto

como ese va en contra de todo el mensaje de la Biblia. El Mesías ha venido. Las figuras y sombras han sido borradas por el resplandor del sol del mediodía.

Pérdida del reposo

Cuando Dios terminó la obra de creación, reposó en las buenas cosas que había hecho (Génesis 2:2; 3:8), y le dio a Adán y Eva reposo con Él en el jardín (Génesis 2:8-9). No se requería una dolorosa labor para hacer producir al jardín. Ellos simplemente disfrutaban sus frutos mientras cuidaban del siempre abundante jardín, y reposaban en el gozo de su comunión con Dios libremente y sin restricciones. Pero entonces entró el pecado, y con él ellos se alejaron de Dios (Génesis 3:1-10). Adán y Eva ya no estaban más en reposo con Dios. Fueron expulsados del jardín y tuvieron que ganarse el pan con el sudor de su frente (Génesis 3:17-19). A su debido tiempo, Dios llamó a Abraham y le prometió que sus descendientes un día heredarían la tierra que Dios le mostró (Génesis 15:12-21). Y mucho más que eso, Dios le prometió a Abraham que a través de su descendencia, todas las personas del mundo serían bendecidas (Génesis 12:3; Gálatas 3:8).

Cerca de 430 años después, Dios envió a Moisés para sacar de Egipto a esos descendientes, en donde se habían convertido en esclavos, y llevarlos a la tierra prometida. A través de Moisés, Dios hizo un pacto con ellos en el desierto del Sinaí (Deuteronomio 4:13; 9:11).

Entrando al reposo

La señal del pacto fue el día sábado semanal (Éxodo 31:13). Cada séptimo día, el pueblo de Israel debería reposar de sus labores físicas (Éxodo 20:8-10). Recordaría que Dios creó todo lo que existe, y que hubo alguna vez un tiempo cuando los seres humanos estaban en reposo con Dios en Su creación (Éxodo 20:11-12). Recordaría que los seres humanos rechazaron el reinado de Dios sobre ellos y vinieron a estar alejados de Él.

Los israelitas también recordarían que habían sido esclavos en Egipto, clamando a causa de los trabajos forzados sin tener reposo (Deuteronomio 5:15). Al reposar del tra-

bajo en el séptimo día, los israelitas experimentaron una muestra del reposo divino—lo que sería la vida si los seres humanos creyeran en Dios y confiaran en Él para todo, si ellos estuvieran otra vez en reposo con su Creador.

El sábado semanal fue la señal del pacto de Dios con Israel. El cuerpo y la sangre de Jesucristo son la señal del pacto de Dios con todo aquel que cree en el evangelio (Juan 6:53-57; Lucas 22:19-20; Hebreos 10:19-20). El sábado semanal fue una muestra anticipada del reposo divino en Cristo (Colosenses 2:16-17). A través de la fe en Él, entramos al reposo divino (Hebreos 4:3).

Jesús es superior

Para que Israel pudiera permanecer en la tierra prometida, tenía que continuar honrando el día sábado (Isaías 58:13-14). Así, uno podría razonar, ¿no hace sentido que para que nosotros podamos permanecer en posesión de la vida eterna en el reino de Dios aquí y ahora, debemos también continuar guardando el día sábado? No, no lo hace. Nosotros mantenemos la posesión del regalo de la vida eterna sólo de una manera—mediante la fe en Jesucristo.

Ese es precisamente el punto de Hebreos. *En Cristo, Dios ha hecho un nuevo pacto con los seres humanos. Es tantísimo más grande que el antiguo, que todo lo que vino antes es absorbido por él y completamente trascendido por él, tanto así que el primer pacto y todo lo que pertenecía a él ahora son obsoletos (Hebreos 8:6-13)*. La carta a los Hebreos es una declaración de la superioridad máxima de Jesucristo sobre todo lo que cualquiera haya alguna vez pensado en ponerle atención o valor religiosos, y es una amonestación a poner toda nuestra seguridad y confianza en Él. En Cristo, todo está cumplido (Mateo 5:17-18).

El mensaje de Hebreos

Considere lo que nos dice la carta a los Hebreos: Jesús es superior a todas las formas anteriores de comunicación divina (1:1). Jesús es la representación exacta de la naturaleza misma de Dios. Él es el Divino agente de la creación, el sustentador y regidor del universo y el redentor de los pecados (1:2-3). Jesús es superior a los ángeles (1:4-14). Sólo Jesús

salva a Su pueblo, con el cual se identifica y por el cual sufre (2:1-18). Mantenga su confianza en Jesús, quien es superior a Moisés (3:1-6). Los cristianos entran al prometido reposo de Dios sólo por confiar en Jesús (3:7-4:13). Jesús es superior al sacerdocio israelita (4:14-5:10).

Nosotros heredamos las promesas de Dios a través de la fe en Cristo y paciencia en el sufrimiento (5:11-6:12). Nuestra esperanza es segura y cierta debido a Jesús (6:13-20). Jesús es superior a los sumos sacerdotes de la antigüedad, y el pacto que Él media es superior al de ellos y tiene superiores promesas (7:1-10:18). Debido a que todas éstas cosas son verdaderas, pongamos nuestra seguridad, confianza y fe sólo en Jesús, aguantando todas las pruebas y dificultades con nuestros ojos fijos en Él (10:19-12:12).

Dos montes

En resumen, encontramos que nosotros, como cristianos, no hemos llegado “a una montaña que se pueda tocar o que esté ardiendo en fuego” es decir, no hemos llegado al Monte Sinaí (12:18). Muy por el contrario, hemos llegado al “Monte Sión, a la Jerusalén celestial, la ciudad del Dios viviente” (v. 22). Hemos llegado a “millares y millares de ángeles, a una asamblea gozosa, a la iglesia de los primogénitos inscritos en el cielo.”

Hemos llegado a “Dios, el juez de todos; a los espíritus de los justos que han llegado a la perfección; a Jesús, el mediador de un nuevo pacto; y a la sangre rociada, que habla con más fuerza que la de Abel” (12:22-24).

Éste es el reposo de Dios, el reposo que permanece para el pueblo de Dios, la herencia de los santos—y nosotros ya hemos entrado en él. Se nos amonesta, “tengan cuidado de no rechazar al que habla” desde *ésta montaña*: el Monte Sión.

Nuestros corazones son fortalecidos por la gracia, no por alimentos ceremoniales. Comemos de un altar nuevo, un altar del cual el pacto anterior no ofrece ningún derecho a comer de él. Buscamos la Jerusalén venidera; la ciudad anterior no tiene lugar para nosotros. Nuestros sacrificios son sacrificios de alabanza, y son ofrecidos a través de Jesús por labios que confiesan *Su nombre*. El fruto de nuestras vidas

es el fruto del amor pues Dios obra en nosotros lo que es de Su agrado *a través de Jesucristo* (12:25-13:21).

Decididamente, el punto de Hebreos no es mandar a los cristianos que guarden el mandamiento del séptimo día sábado. El punto de Hebreos es instar y amonestar a los creyentes cristianos a que mantengan su fe en Jesucristo, a pesar de toda oposición y que bajo ninguna circunstancia cedan ante la presión, incluso si es bajo presión a morir, por parte de las sinagogas para abandonar su fe en Jesús por algo que ahora es débil e inferior y que Dios ha trascendido por medio de Su propio Hijo.

Disciplina espiritual

Algunos cristianos se abstienen del trabajo secular un día a la semana como una disciplina espiritual para ayudarse a encontrar un tiempo especial para la devoción espiritual. Esto está muy bien, pero no es lo mismo que creer que el sábado semanal está mandado para los cristianos. También, no es la misma cosa que inculcar la idea sobre los demás de que serán más obedientes o más fieles a Dios si apartan un día como sábado. Lo que nosotros escojamos hacer como un ejercicio espiritual personal es un asunto completamente diferente a lo que es una ley para todos los creyentes.

La ley del Sinaí ya no define más al pueblo de Dios. Ahora, ni la circuncisión, ni los sábados, ni las restricciones alimenticias son señales de quién pertenece al reino del Padre celestial. En vez de eso, Dios ha hecho a judíos y gentiles Su propio pueblo a través de un nuevo medio—Jesucristo.

Pablo escribió: “Porque Cristo es nuestra paz: de los dos pueblos ha hecho uno solo, derribando mediante su sacrificio el muro de enemistad que nos separaba, pues anuló la ley con sus mandamientos y requisitos. Esto lo hizo para crear en sí mismo de los dos pueblos una nueva humanidad al hacer la paz, para reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo mediante la cruz, por la que dio muerte a la enemistad. Él vino y proclamó paz a ustedes que estaban lejos [gentiles] y paz a los que estaban cerca [judíos]. Pues por medio de Él tenemos acceso al Padre por un mismo espíritu” (Efesios 2:14-18).

Hemos visto que los cristianos no están bajo la ley del Sinaí, sino bajo la ley de Cristo y que somos dirigidos por el Espíritu Santo. Y hemos visto que el sábado cristiano no es un día de la semana, sino nuestro reposo eterno en Jesucristo. En el capítulo cuatro veremos el propósito y el contenido de la adoración.

El Objeto de la Adoración

En los primeros tres capítulos, hemos visto que la ley dada al antiguo Israel fue diseñada para durar sólo hasta que viniera Cristo, y que no debía ser confundida con la ley de Cristo dada a la iglesia. Y hemos visto que el sábado cristiano no es un día de la semana, sino el reposo eterno en Jesucristo. En el capítulo cuatro, veremos aspectos del propósito y el contenido de la adoración cristiana.

La adoración en el Antiguo Testamento

Ninguna actividad humana tiene más grande relevancia y significado que la adoración a Dios. Hay mucho que apren-

der acerca de cómo podemos adorar más efectivamente hoy al mirar cómo el pueblo de Dios ha adorado en el pasado.

El Antiguo Testamento es un tesoro descubierto de instrucción acerca de Dios y la adoración. Es principalmente del Antiguo Testamento que hemos aprendido lo que sabemos acerca de éste Ser invisible que llamamos Dios. En el Antiguo Testamento aprendemos que Dios es inaccesible por parte de alguna cosa o alguien impuro, o alguien manchado por el pecado. Para que el pueblo de Israel pudiera venir ante la presencia de Dios, tenía que pasar por debajo de detallados y cuidadosos rituales de sacrificios y purifi-

Si Jesús guardó el sábado, ¿no deberíamos nosotros también guardarlo?

Jesús fue un judío, nacido bajo la ley (Gál. 4:4). Él siguió las costumbres judías, y guardó la ley de Moisés.

En conformidad con las costumbres, Jesús asistió a las sinagogas (Lucas 4:16), observó el Hannukáh (Juan 10:22), le dijo a la gente que obedeciera leyes rituales (Mat. 8:4), fue a Jerusalén para las fiestas (Lucas 2:41) y dio dinero para el sostenimiento del templo (Mat. 17:27).

En conformidad con la ley, Jesús fue circuncidado en el octavo día, tuvo una cabaña (sukkah) cada año (Levítico 23:39-41), sacrificó un cordero pascual cada año (Éxodo 12:3, 14), se vistió con filacterías (Deuteronomio 6:8-9), usó flecos en sus mantos (Números 15:28) y guardó el sábado.

¿Quiere Jesús que lo imitemos en cada detalle? No. Él le dijo a Sus discípulos que enseñasen a los creyentes a “obedecer todo lo que les he mandado a ustedes” (Mateo 28:20). Nosotros no imitamos a Jesús en todo detalle. Argumentar a favor de guardar el sábado simplemente sobre la base de que Jesús lo guardó es una manera no sana de abordar la Biblia, porque no toma en consideración el mensaje total de la Escritura.

El mandato del sábado fue dado a Israel (Éxodo 20:2; 2 Crónicas 5:10), nunca a los cristianos. El sábado señalaba hacia la nueva vida en Cristo, en quien los creyentes encuentran el verdadero reposo. Debemos seguir a Jesús en Su actitud de obediencia y en Su sumisión a la voluntad del Padre (Juan 15:10). Debemos obedecer a Dios en todo lo que nos ha mandado, no en reglas que Él le dio a alguien más y que ya las ha declarado obsoletas (Hebreos 8:13; 2 Corintios 3:7-16).

Michael Morrison

El sábado fue hecho para el hombre

Después que los fariseos criticaron a Jesús por permitirle a Sus discípulos recoger algunas espigas en el día sábado, Jesús dijo: “el sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado” (Marcos 2:27). ¿Estaba Él diciendo que Dios hizo el sábado para todos los seres humanos—tanto judíos como gentiles?

Podemos entender lo que Jesús quiso decir mirando la siguiente frase: “y no el hombre para el sábado.” Su punto era que el sábado fue hecho para servir a la gente, y no que la gente fue creada para servir al sábado. El sábado era un sirviente, no un amo. Él estaba refiriéndose a la importancia relativa del sábado, y no a cuáles personas específicamente se les dio el sábado.

Para entender el punto, suponga que Jesús hubiera dicho: “La circuncisión se hizo para el hombre, y no el hombre para la circuncisión.” ¿Significaría ésta declaración que la circuncisión fue mandada para todos los seres humanos? Por supuesto que no. Fue mandada para los seres humanos a los que aplicaba, no para todos los seres humanos. El sábado, como la circuncisión, fue dado a Israel, no al resto del mundo.

Si Jesús hubiera dicho que el sábado fue hecho para los gentiles, habría creado otra controversia, incluso una mayor, porque los fariseos creían que el sábado fue dado sólo a Israel. Los fariseos estaban desafiando la conducta de los discípulos, no la conducta de los gentiles. Ellos estaban sobreestimando la importancia de las restricciones del sábado, y Jesús les respondió no expandiendo el sábado hacia toda la humanidad, sino reduciendo su importancia relativa para el pueblo al cual fue diseñado a servir.

Michael Morrison

cación del pecado.

En el Antiguo Testamento, aprendemos acerca de la santidad de Dios, Su perfección absoluta y completa “trascendencia” de todas las cosas creadas. Dios es revelado como alguien tan resplandeciente que debe “cubrirse” a Sí mismo con nubes oscuras para que los israelitas no sean destruidos por Su mera presencia en el Monte Sinaí.

Dios es libre y fiel

En el Antiguo Testamento aprendemos que Dios entra y sale de los asuntos de los seres humanos según a Él le place, y no como lo deciden los seres humanos. Aprendemos que Dios es el arquitecto y hacedor de todo lo que existe, y que todo tiene su sustancia y continua existencia solamente en Él.

Aprendemos que Dios no es manipulado por rituales, magia, sacrificios o encantamientos como los dioses de las naciones alrededor de Israel. Aprendemos que Dios es completa y eternamente fiel, que Él ama a Su pueblo con un amor constante y que Él hace promesas y mantiene Su palabra. Aprendemos que nada puede evitar que Dios haga lo que ha decidido hacer. Y aprendemos que el propósito de Dios es salvar y redimir a hombres y mujeres quebrantados, sanar a los débiles y levantar a los abatidos.

Aprendemos que a Dios le importa y está íntimamente envuelto en todo detalle de Su universo creado. Aprendemos que aunque el pecado es catastróficamente destructivo para los seres humanos, Dios no olvida la obra de Su mano, y Él actúa para salvar, reparar y corregir a los seres humanos para que puedan ser restaurados a Él.

Aprendemos que los seres humanos están impotentes sin Dios, que todo lo que los seres humanos hacen es posible sólo porque Dios les permite hacer las cosas a la manera de ellos. Aprendemos que Dios quiere que las personas lo amen y lo obedezcan porque así es cómo ellas pueden tener y lograr todo lo que sus almas verdaderamente anhelan y llegar a ser todo aquello para lo que fueron creados.

Aprendemos que Dios aprecia y valora a las personas que ha hecho, y que entristece el corazón de Dios ver a las personas destruirse a sí mismas y a otros con sus obras malas y sus corazones malvados. Y sobre todo, aprendemos que Dios decidió hace mucho que al tiempo correcto Él actuaría poderosa y decisivamente, en conformidad con Su fidelidad pactual, para redimir y sanar a los seres humanos de su pecado y rebelión.

Israel aprende a adorar

Al pueblo de Israel se le dio instrucciones precisas acerca de cómo debía llevar a cabo la adoración del único Dios

verdadero. Éstas instrucciones fueron diseñadas cuidadosamente para enseñar a los israelitas que Dios es completamente diferente a los dioses de Egipto y completamente diferente a todos los dioses que ellos encontrarían en las naciones alrededor de ellos o en las naciones que ellos poseerían.

Al seguir ellos las instrucciones de Dios sobre la adoración, los israelitas aprendieron que Dios es perfecto y santo, que es bueno y fiel, que nunca se le puede engañar o hacerle trampa, que lo sabe todo, y que la impureza no puede ni siquiera llegar ante Su presencia. Aprendieron que Él no está sujeto a nada y a nadie, que todas las cosas están sujetas a Él, y que debe ser adorado según Él lo pide.

Ellos también aprendieron que Dios es personal, y que hay niveles de intimidad que los seres humanos pueden tener con Él. El tabernáculo, y el templo que lo reemplazó, tenía un atrio exterior, un atrio interior, el lugar santo y finalmente, el lugar más íntimo de todos, el lugar santísimo. A nadie se le permitía llegar tan cerca de Dios excepto al sumo sacerdote, e incluso entonces sólo una vez al año, y sólo después de intensivos ritos de purificación.

A través de éste elaborado sistema de adoración, Israel aprendió que Dios es absolutamente santo, y que es imposible para una persona venir ante Dios a menos que Dios lo haga posible. También aprendieron que la relación más íntima con Dios es posible sólo a través del sumo sacerdote, quien representa al pueblo ante Dios y debe estar lo más ritualmente puro que sea posible.

Cuando los israelitas salieron de Egipto, sus conceptos acerca de la divinidad estaban altamente influidos por los egipcios y por las otras naciones de la región. Había mucho que aprender. El cuadro 1 (en la página 44) ilustra una cantidad de aspectos de la educación acerca de Sí mismo que Dios le reveló a Israel y que preservó a través de ellos para el mundo en el Antiguo Testamento.

La adoración en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, pasó algo completamente nuevo.

Sin embargo, incluso en su completa novedad, lo que Dios hizo en Cristo estuvo no obstante en completa armonía con todo lo que había hecho antes. Así como los israelitas aprendieron que sólo una persona, el sumo sacerdote a quien Dios designó para representar al pueblo, podía venir ante la más íntima presencia de Dios, así los cristianos aprenden que sólo estando identificados con Jesucristo, el propio Hijo de Dios, pueden venir ante la presencia de Dios.

Jesús es nuestro Sumo Sacerdote. Él nos representa ante Dios. En Él solamente podemos venir a una comunión íntima con Dios. Ese es el significado de la Cena del Señor—una profunda lección objetiva de nuestra identificación, o unidad, con el Hijo de Dios sin pecado, nuestro Sumo Sacerdote perfecto y eterno.

Jesús es todo por nosotros y para nosotros. Él es nuestro Sumo Sacerdote perfecto; a través de Él podemos venir a una íntima comunión personal con Dios. Él es nuestro profeta perfecto, quien declara a lo más íntimo de nuestro ser la perfecta y cierta Palabra de Dios.

Él es nuestro Cordero sacrificial perfecto, cuyo sacrificio purifica completamente nuestros pecados y nuestras conciencias para que podamos entrar al “lugar santísimo” con Él. Él es nuestro Rey perfecto, quien nos rige en perfecta justicia, sabiduría y misericordia. Él es nuestro Maestro perfecto, quien nos instruye perfectamente en los caminos de Dios.

La barrera destruida

Cuando Marcos registró en su Evangelio que el velo del templo se rompió de arriba abajo, estaba registrando mucho más que la mera rotura de una pieza de tela. El velo era la cortina en el templo que separaba el lugar santo del lugar santísimo.

Cuando Jesús murió, la barrera entre Dios y los seres humanos fue destruida. En Jesús, y sólo en Jesús, los seres humanos pueden ahora entrar libremente al “lugar santísimo,” es decir, a la más íntima comunión con Dios que sea posible para los seres humanos redimidos (vea Hebreos 9 y 10; Marcos 15:38).

En el Nuevo Testamento, la adoración ya no se define

más por las regulaciones del antiguo pacto. Eso no es porque aquellas regulaciones estuvieran fallidas. Es porque esas regulaciones ya habían servido su propósito. A través de los rituales y las regulaciones de la adoración centrada en el templo, Dios enseñó a los israelitas, y a través de los israelitas al mundo, quién es Él y cómo los seres humanos pueden ser restaurados al propósito y posición originales de ellos con Él.

El mundo preparado

En la plenitud del tiempo, escribe Pablo, Dios envió a Su Hijo, nacido de una mujer (Gálatas 4:4). ¡Piense en eso! Dios envió a Su propio Hijo Divino para convertirse en uno de nosotros, para que a través de Él, el Cordero sacrificial perfecto y sin pecado, nosotros pudiéramos ser purificados de nuestra pecaminosidad y traídos a una armonía y comunión con Dios.

Dios había preparado el mundo para éste tiempo de entre todos los tiempos. A través del pueblo de Israel y su pacto con ellos, Dios había preparado un linaje a través del cual nacería Su Hijo. Él también había preparado el contexto, a través de la adoración de Él hecha por Israel, necesario para que el mundo entendiera quién era Jesús.

Si no hubiera habido ni promesas a Abraham, ni Israel, ni éxodo, ni pacto, ni sacerdocio, ni forma de adoración prescrita, ni cautividad, ni linaje real davídico y ni promesa mesiánica, entonces no habría habido un contexto en el cual el mundo pudiera entender correctamente quién era Dios, quién era Jesús, y cómo la muerte y resurrección de Jesús podía ser la salvación del mundo.³

Dios obra, el pueblo responde

Cuando los cristianos se reúnen para adorar, están respondiendo a la gracia y el poder de Dios en sus vidas individuales y como colectividad. Dios obra; el pueblo responde. Ésta es la esencia de la adoración cristiana: la respuesta del pueblo de Dios a lo que Dios ha hecho.

Ésta respuesta—la adoración colectiva del pueblo de Dios—envuelve alguna forma. Las personas se reúnen en lugares particulares y tiempos particulares, y participan

en la adoración en maneras particulares. A través de éste medio, el pueblo de Dios responde en conjunto a Dios en humildad—a Su santa majestad y justicia, Su poder y gloria, Su gracia y misericordia, y Sus grandes hechos de salvación.

Recuerdan lo que Dios ha hecho, se gozan en lo que está haciendo, y esperan por lo que Él aún hará. Recuerdan, reaccionan, participan, proclaman y celebran. Escuchan Su Palabra. Confiesan, se arrepienten e interceden. Alaban, se regocijan y agradecen.

A los israelitas se les dio una forma o sistema temporal de adoración apropiada al contenido de esa adoración. Esa forma, descrita en la ley de Moisés, capacitó a los israelitas para responder en adoración a las cosas milagrosas que Dios había hecho por ellos—salvarlos de Egipto, introducirlos a la tierra prometida y hacerlos Su propio pueblo. Esa forma de adoración debía durar hasta que Jesús viniera y entonces se desvanecería.

Entonces, así como Dios lo había planificado desde el mismo principio (Efesios 3:9), a través de Jesucristo hizo algo asombrosamente nuevo y trascendente, tanto para Israel como para todas las personas en todo lugar. Como resultado, las prácticas de adoración del pueblo de Dios demandaban una nueva respuesta a la nueva obra que Dios había hecho.

Una obra nueva demanda una respuesta nueva

Así como Isaías había profetizado, en la plenitud del tiempo Dios hizo una obra nueva (Isaías 43:19)—envió a Su Hijo. La respuesta del pueblo de Dios a ésta nueva obra es una nueva respuesta adecuada. Una nueva respuesta a una nueva obra demanda un nuevo contenido de adoración,

3. La iglesia es el *nuevo* Israel en Jesucristo, la continuación dinámica del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, una *nueva comunidad* de fe *sin paredes nacionales o raciales*, transformada y vigorizada por el Espíritu Santo para el servicio de Dios. Pedro expresó la cúspide del entendimiento cristiano de la iglesia como el pueblo de Dios en 1 Pedro 2:9-10: "Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. Ustedes antes ni siquiera eran pueblo, pero ahora son pueblo de Dios; antes no habían recibido misericordia, pero ahora ya la han recibido."

contenido que debe ser llevado a cabo en nuevas formas adecuadamente. En otras palabras, el vino nuevo del evangelio de Jesucristo debe ser puesto en odres nuevos (Mateo 9:17).

Las formas de adoración del antiguo pacto han sido cumplidas en Jesucristo. Jesús trajo algo nuevo a la adoración de Dios. Puesto que la adoración es la respuesta del pueblo de Dios a Sus poderosos hechos de salvación y gracia, el contenido y la forma de la adoración es un reflejo directo de las creencias fundamentales del pueblo de Dios.

Jesús resumió la esencia de la fe cristiana en Lucas 24:44-48. Lucas registra: “—Cuando todavía estaba yo con ustedes, les decía que tenía que cumplirse todo lo que está escrito acerca de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras. —Esto es lo que está escrito—les explicó—: que el Cristo padecerá y resucitará al tercer día, y en su nombre se predicarán el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Ustedes son testigos de éstas cosas.”

De la misma manera, Pablo registró el corazón de la fe cristiana en su carta a la iglesia en Corinto: “Porque ante todo les transmití a ustedes lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer día según las Escrituras, y que se apareció a Pedro, y luego a los doce” (1 Corintios 15:3-5).

Nuevo Contenido, Nueva forma

Una comparación de los credos bíblicos del pueblo de Dios bajo el antiguo y el nuevo pactos ilustra la salida de lo antiguo y la llegada de lo nuevo. El pueblo de Dios del antiguo pacto recordaba y celebraba el gran poder y la gracia de Dios desplegados en su milagrosa liberación de la esclavitud en Egipto y el regalo de la tierra prometida a los patriarcas.

Por otra parte, el pueblo de Dios del nuevo pacto recuerda y celebra el gran poder y la gracia de Dios desplegados en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Él es el punto definidor de nuestra salvación. El contenido y la forma de

nuestra adoración, entonces, reflejan nuestra creencia de que a través de la confianza en Jesús todas las personas en todo lugar pueden ser liberadas de la esclavitud del pecado y ser admitidas a la nueva vida del reino de Dios.

La adoración israelita fue para el antiguo Israel. Duró hasta que vino Cristo. Ahora el pueblo de Dios adora en nuevas formas que reflejan su respuesta al nuevo contenido—la nueva obra trascendente que Dios ha hecho en Jesucristo. El cuadro 2 (página 45) compara los credos bíblicos del antiguo y el nuevo pactos.

Nuevas fiestas para un nuevo éxodo

La adoración cristiana incluye nuevas fiestas porque celebra un nuevo éxodo, un éxodo de la esclavitud del pecado para toda la humanidad, no el antiguo éxodo que era un éxodo de la esclavitud en Egipto para el pueblo de Israel. En la adoración, el pueblo de Dios no sólo mira hacia atrás hacia un evento histórico. A través de la adoración, entramos a la esencia de nuestra fe—la vida, muerte y resurrección de Jesús. Nos reunimos ante Dios en el nombre de Jesús. Recordamos el relato del evangelio. Nos sometemos a la Palabra de Dios, nos arrepentimos de nuestros pecados, nos regocijamos en nuestro Salvador y le agradecemos. Comemos y bebemos pan y vino especialmente consagrados, a través de los cuales Jesús nos nutre ricamente en Sí mismo en maneras espirituales no visibles.

Cuando los cristianos adoran, lo que Dios hizo en Cristo es traído a nuestra experiencia colectiva “aquí y ahora” pues Su pueblo se reúne en Su nombre. Éste recordatorio del relato del evangelio nos une y renueva en la milagrosa obra salvadora de Dios en Cristo. Sin importar cuando los cristianos escojan reunirse, el verdadero asunto es si su celebración se convierte en un recordatorio genuino del relato del evangelio.

En resumen, la adoración cristiana es entrar o participar en el evangelio; no es entrar al éxodo israelita. El patrón litúrgico dado al antiguo Israel fue para ellos, dado específicamente a ellos para que pudieran responder apropiadamente en adoración y celebración por lo que Dios había hecho por ellos en el Mar Rojo, en el desierto y en la tierra prometida.

Por otra parte, la adoración cristiana es guiada por el Espíritu y no se encuentra en un código escrito (Juan 4:24), así como la ley de Cristo está basada en el Espíritu y no en un código escrito. La adoración cristiana responde específicamente al evangelio—la sorprendente y asombrosa obra nueva, planificada desde el mismo principio, la cual Dios hizo en la plenitud del tiempo en Jesucristo para la salvación de todas las personas de la tierra.

En el capítulo cuatro hemos visto que la adoración es nuestra respuesta a los hechos bondadosos de Dios en nuestro favor. La adoración israelita fue diseñada para ayudar a Israel a responder en adoración por su liberación milagrosa de la esclavitud en Egipto y el regalo de la tierra prometida. La adoración cristiana ha trascendido la adoración israelita, y está diseñada para ayudar a los cristianos a responder a la suprema y concluyente obra de Dios al liberar a los seres humanos del pecado y de la muerte a través de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo en beneficio de todo aquel que cree en el evangelio.

En el capítulo cinco veremos los eventos bíblicos que dieron forma a los “odres” nuevos, o formas básicas, dentro de los cuales fue vertido el nuevo “vino”, o contenido, de la adoración cristiana.

Cuadro 1 Una Breve Comparación de los 'Dioses' de las Naciones y el Señor Dios de Israel según se Revela en el Antiguo Testamento	
Los 'Dioses' de las Naciones	El Señor Dios de Israel
Hay muchos dioses, y a menudo ellos se pelean unos con otros	Hay un solo Dios
Los dioses pueden ser manipulados por la magia y el ritual, incluyendo los sacrificios humanos	Dios no puede ser manipulado
Los dioses son volubles	Dios es fiel y mantiene Su palabra
Los dioses algunas veces son buenos y algunas veces no	Dios siempre es bueno
Los dioses son locales, y generalmente impotentes fuera de su área geográfica	Dios es el Dios del cielo, de la tierra y de todo lo que existe
Los dioses a menudo exhiben egoísmo e inmoralidad	Dios es santo, justo y misericordioso
El poder de los dioses es limitado	Dios es todopoderoso y Su poder es ilimitado
Los dioses son eligen de la materia prima	Dios creó todo lo que existe
Los dioses tienen los mismos problemas morales que los seres humanos	Dios es el autor de la justicia
Algunos dioses son sabios; otros son tontos	Dios ama a los seres humanos
Los dioses operan sólo en un ciclo anual repetitivo	Dios es completamente sabio, el autor de la sabiduría
Los dioses sólo tienen influencia local	Dios prometió un Mesías que redimiría a Su pueblo
Los dioses eran inducidos a cosechas fértiles por la participación de los sacerdotes y gobernantes en la adoración	Dios gobierna no sólo a Su pueblo Israel, sino a todas las naciones del mundo
La adoración israelita fue de Dios adora en formas	Dios eliminó las actividades sexuales de toda la adoración para Israel. Dijo hasta que

Cuadro 2 Credos del Antiguo y el Nuevo Pactos	
Credos Bíblicos de Israel Reflejados en su Adoración	Credos Bíblicos de la Iglesia Reflejados en su Adoración
<p>“Entonces tú declararás ante el SEÑOR tu Dios: ‘Mi padre fue un arameo errante, y descendió a Egipto con poca gente. Vivió allí hasta llegar a ser una gran nación, fuerte y numerosa. Pero los egipcios nos maltrataron, nos hicieron sufrir y nos sometieron a trabajos forzados. Nosotros clamamos al SEÑOR, el Dios de nuestros padres, y él escuchó nuestro ruego y vio la miseria, el trabajo y la opresión que nos habían impuesto. Por eso el SEÑOR nos sacó de Egipto con actos portentosos y gran despliegue de poder, con señales, prodigios y milagros que provocaron gran terror. Nos trajo a éste lugar, y nos dio ésta tierra, donde abundan la leche y la miel.”</p> <p>Deuteronomio 26:5-9</p> <p>“Le responderás: ‘En Egipto nosotros éramos esclavos del faraón, pero el SEÑOR nos sacó de allá con gran despliegue de fuerza. Ante nuestros propios ojos, el SEÑOR realizó grandes señales y terribles prodigios en contra de Egipto, del faraón y de toda su familia. Y nos sacó de allá para conducirnos a la tierra que a nuestros antepasados había jurado que nos daría. El SEÑOR nuestro Dios nos mandó temerle y obedecer estos preceptos, para que siempre nos vaya bien y sigamos con vida. Y así ha sido hasta hoy. Y si obedecemos fielmente todos estos mandamientos ante el SEÑOR nuestro Dios, tal como nos lo ha ordenado, entonces seremos justos.”</p> <p>Deuteronomio 6:21-25</p>	<p>“Porque ante todo les transmití a ustedes lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer día según las Escrituras, y que se apareció a Pedro, y luego a los doce.”</p> <p>1 Corintios 15:3-4</p> <p>“Él se manifestó como hombre, fue vindicado por el Espíritu, visto por los ángeles, proclamado entre las naciones, creído en el mundo, recibido en la gloria.”</p> <p>1 Timoteo 3:16</p> <p>“Quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz! Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”</p> <p>Filipenses 2:6-11</p>

cen.

La idea de que los Diez Mandamientos, escritos en tablas de piedra por el dedo de Dios, pudieran no ser obligatorios para los cristianos sería considerado como algo escandaloso. Sin embargo, cuando se llega al cuarto mandamiento, estos mismos cristianos deben encontrar alguna manera de esquivar el mandamiento, alguna manera de cambiar el mandado séptimo día al primer día.

El día nunca fue cambiado

Ha habido un par de maneras bastante populares de “explicar” el supuesto cambio del día. Una es interpretar el mandamiento como refiriéndose a un día entre siete, no necesariamente a algún día en particular. Otra es decir que el Nuevo Testamento cambió el sábado del séptimo día al primer día.

Sin embargo, ninguna de éstas explicaciones populares tiene fundamento. El mandamiento es bastante específico acerca del séptimo día; la idea de meramente “uno entre siete” simplemente no está ahí (vea Éxodo 20:10). E incluso, la Biblia nunca insinúa el cambio del sábado del séptimo día al primer día.

La sorprendente verdad

Sabemos que la ley es “santa, justa y buena” (Romanos 7:12), y sabemos que los Diez Mandamientos reflejan el santo amor de Dios. Sin embargo, sorprendentemente para muchos cristianos, la Biblia enseña que los Diez Mandamientos han sido reemplazados por algo mucho más glorioso—algo que desde el mismo principio Dios planificó que un día resplandecería completamente más que la ley que Él le dio a Israel.

La ley (la Toráh), la ley completa, incluyendo los Diez Mandamientos, fue dada a Israel, para un período de tiempo específico—el tiempo desde su encuentro con Dios en el Sinaí hasta la venida de Jesús el Mesías. Una vez que Jesús vino, se introdujo una nueva ley—la ley de Cristo (1 Corintios 9:21; Gálatas 6:2; 1 Juan 3:21-24). Fue una relación o arreglo del nuevo pacto, entre Dios y los seres humanos, y no estuvo restringida a los israelitas. Fue un pacto con todos los pueblos.

nuevas que reflejan su respuesta al nuevo contenido—la trascendente obra nueva que Dios ha hecho en Jesucristo.

La adoración cristiana está engranada en el recordatorio y la participación en el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Sus componentes claves incluyen:

La Cena del Señor, también llamada Eucaristía (o dar gracias) y Comunión, la cual fue mandada por Cristo.

La lectura de la Escritura, a través de la cual recordamos y repasamos el registro del amor y las promesas de Dios, especialmente Su promesa del Salvador, Jesucristo, y a través de la cual somos nutridos con la Palabra de Dios.

La oración y el canto, a través de los cuales hacemos nuestras peticiones a Dios en fe, nos arrepentimos de nuestros pecados en humildad, y le honramos, alabamos y damos gracias a Él en adoración gozosa y agradecida.

Enfocada en el contenido

La adoración cristiana se enfoca principalmente en el contenido y el significado, en vez de enfocarse en las formas o el tiempo. Por tanto, la adoración cristiana no está limitada a ningún día de la semana ni a ninguna estación particular del año. Ni tampoco se manda o requiere ningún día o estación para los cristianos.

Sin embargo, los cristianos son libres para, y normalmente lo hacen, apartar estaciones especiales para celebrar aspectos principales de la vida y obra de Jesús.

Los cristianos también apartan un día de la semana para la adoración colectiva, es decir, para reunirse como el Cuerpo de Cristo para adorar a Dios. La mayoría de los cristianos apartan el domingo para tal adoración. Algunos cristianos apartan el sábado. Unos pocos escogen reunirse en otros tiempos convenientes, tales como el miércoles por la noche.

Típico de la enseñanza de los sabatistas del séptimo día es la creencia de que es un pecado para los cristianos usar el domingo como su día regular de reunión para la adoración. Sin embargo, no hay apoyo bíblico para ésta idea.

Eventos principales en domingo

Como sorpresa para muchos sabatistas del séptimo día,

los relatos de los Evangelios específicamente señalan con precisión eventos de gran importancia que tuvieron lugar en domingo. Como veremos, aunque no hay ningún mandato para que los cristianos adoren en domingo, ciertamente no hay razón para que los cristianos se sientan incómodos por adorar en domingo.

El Evangelio de Juan nos dice que los discípulos de Jesús se reunieron en el primer domingo después que Jesús fue crucificado, y que Jesús se apareció entre ellos (Juan 20:1). Todos los cuatro Evangelios nos dicen que Jesús fue descubierto primero como habiendo resucitado de los muertos, muy temprano el domingo por la mañana (Mateo 28:1; Marcos 16:2; Lucas 24:1; Juan 20:1).

Todos los cuatro escritores de los Evangelios consideraron como suficientemente significativo mencionar que estos eventos ocurrieron en un tiempo particular—domingo. Ellos pudieron haber dejado fuera ese detalle, pero no lo hicieron. Los Evangelios declaran que Jesús escogió revelarse a Sí mismo en domingo como el Mesías resucitado, primero en la mañana, después en la tarde y finalmente en la noche. No sólo éstas apariciones dominicales del Jesús resucitado no causaron ninguna preocupación o alarma en los escritores de los Evangelios, sino que ellos escogieron poner bien en claro que éstas cosas tuvieron lugar en ese día particular.

Camino a Emaús

Si hay alguna pregunta acerca de en qué día ocurrió la resurrección, considere el testimonio claro del relato de Lucas por parte de dos hombres en el camino a Emaús. Jesús había profetizado que resucitaría de los muertos en “el tercer día” (Lucas 9:22; 18:33; 24:7).

Lucas registra claramente que el domingo, el día en el cual las mujeres descubrieron que el sepulcro de Jesús estaba vacío, fue de hecho “el tercer día.” Él específicamente puntualiza que las mujeres descubrieron que Jesús resucitó en el domingo por la mañana (Lucas 24:1), después específicamente puntualiza que “el mismo día” (24:13), domingo, era “el tercer día” (24:21), el día que Jesús había dicho que Él resucitaría (24:7)

Repasemos ciertos hechos claves que los escritores de los Evangelios fueron inspirados a registrar acerca del primer domingo después de la crucifixión de Jesús:

Jesús fue resucitado de los muertos (Lucas 24:1-8, 13, 21)

Jesús fue reconocido en el “partimiento del pan” (Lucas 24:30-31, 34-35)

Los discípulos estaban reunidos, y Jesús vino para estar con ellos (Lucas 24:15, 36; Juan 20:1, 19). Juan también registra que en el segundo domingo después de la crucifixión, los discípulos estaban reunidos otra vez, y que Jesús otra vez vino para estar con ellos (Juan 20:26).

En la iglesia primitiva

Lucas registró en Hechos 20:7 que Pablo habló a la iglesia en Troas cuando ella se congregó en domingo para “partir el pan.” En 1 Corintios 16:2, Pablo le dijo a la iglesia en Corinto, así como le había dicho a las iglesias en Galacia (16:1), que usaran el domingo para apartar una ofrenda para la iglesia de Jerusalén que había sido azotada por una hambruna.

Pablo no dice que la iglesia debe reunirse en domingo. Sin embargo, su declaración aquí parece indicar que las reuniones en domingo no eran extraordinarias. La razón que él da para la ofrenda semanal sería “para que no se tengan que hacer colectas cuando yo vaya” (16:2). Si los miembros hubieran estado apartando el dinero cada domingo en casa, en vez de darlo cada semana en una reunión, como los sabatistas del séptimo día contienden, entonces todavía se habría necesitado levantar una colecta cuando Pablo llegara.

La lectura natural de estos pasajes nos muestra que no era inusual para los cristianos reunirse en domingo, ni tampoco era inusual para ellos “partir el pan” juntos (un término que Pablo asocia con la Cena del Señor; vea 1 Corintios 10:16-17) durante sus reuniones en domingo.

Como podemos ver, los escritores inspirados del Nuevo Testamento deliberadamente nos informan que Jesús fue resucitado en domingo. Ellos también no sentían ninguna preocupación acerca del hecho de que cuando menos algunos creyentes se reunían en domingo para partir el pan.

Mientras que a los cristianos no se les manda reunirse en domingo para adorar, estos ejemplos muestran que no hay ninguna razón para sentir alguna preocupación al hacerlo.

Peligros Potenciales

Como hemos visto, hay buenas razones para la práctica cristiana de reunirse en domingo como el Cuerpo de Cristo para tener comunión con Dios. Así entonces, ¿deben los cristianos reunirse en domingo? No. La fe cristiana no se basa en días, sino en la fe en Dios y en Su Hijo, Jesucristo.

Sería un error el meramente cambiar un conjunto de días “mandados” por otro. La fe y adoración cristianas no son algo acerca de días mandados, sino acerca de conocer y amar a Dios nuestro Padre y a Jesucristo nuestro Señor y Salvador.

Cuando decidimos qué día nos reuniremos con otros creyentes para adorar, debemos tomar nuestra decisión por las razones correctas. El mandato de Jesús, “tomen y coman; esto es mi cuerpo” y “beban de ella todos ustedes” no está ligado a ningún día en particular. Sin embargo, ha sido una tradición de los cristianos gentiles reunirse en comunión con Cristo en domingo desde los primeros años de la iglesia, principalmente porque el domingo es el día en el cual Jesús se reveló a Sí mismo como resucitado de los muertos.

Creer que Dios manda a los cristianos guardar el sábado, o que Dios hace obligatoria la ley de Moisés para los cristianos, es privarnos a nosotros mismos del gozo total que Dios quiere que tengamos en Cristo. Dios quiere que confiemos sólo en Él para salvación, y quiere que encontremos nuestro reposo y consolación sólo en Él. Somos salvos por gracia y vivimos por gracia.

El mandamiento del sábado, junto con toda la ley mosaica, se terminó con la crucifixión y resurrección de Jesús. Abrazarlo, o tratar de reapplicarlo en la forma de un sábado dominical, es disminuir la revelación de Dios en Jesucristo como el cumplimiento de Sus promesas.

Confusión

Ocasionalmente recibimos una carta en la cual el escritor

expresa su descontento en que nosotros cuestionáramos el punto de vista de que el sábado semanal es el día santo de Dios para los cristianos. Él/ella declara que “obedecerá a Dios antes que a los hombres,” sin importar lo que alguien le diga.

Ciertamente, tal compromiso para hacer lo que uno cree que Dios requiere es bueno; el malentendido está en qué es lo que Dios requiere. La fuerte convicción sabatista de que estamos obedeciendo a Dios al guardar el sábado semanal ilustra la confusión y el error que la enseñanza sabatista ha dado a los cristianos incuatos.

Primero, la enseñanza sabatista establece un entendimiento no bíblico de lo que significa obedecer a Dios, después establece esa versión de la obediencia como el contenido que define la fidelidad cristiana.

El resultado es una forma de pensar “nosotros vs. ellos,” un enfoque en Dios que crea divisiones en el cuerpo de Cristo pues se basa en la adherencia a un mandamiento que el Nuevo Testamento enseña que no está en vigencia.

La fidelidad al sábado semanal no es un asunto de obediencia a Dios, porque Dios no manda a los cristianos guardar el sábado semanal. Dios nos manda amar a Él, y amar a Dios no se define por guardar el sábado semanal. Se define por creer en Jesucristo y por amar a nuestro prójimo (1 Juan 3:21-24; 4:19-21). La Biblia dice que hay un nuevo pacto y una nueva ley (Hebreos 7:12; 8:13; 9:15).

Es un error que los maestros cristianos establezcan el sábado semanal como una norma para medir la fidelidad cristiana. La enseñanza de que el mandamiento del sábado está en vigencia para los cristianos introduce un legalismo destructivo dentro de la conciencia cristiana, nubla la verdad y el poder del evangelio y crea división en el cuerpo de Cristo.

Reposo divino

La Biblia dice que la voluntad de Dios para todos los seres humanos es que ellos crean en el evangelio y le amen (Juan 6:40; 1 Juan 3:21-24; 4:21; 5:2). El gozo más grande que los seres humanos pueden tener es conocer y amar a su Señor (Juan 17:3), y tal amor no es ni definido ni realizado por la

observancia de ningún día particular de la semana.

La vida cristiana es una de reposar gozosamente en el Salvador, de entrar al reposo divino. Es una vida en la que toda parte de la vida está dedicada a Dios, y toda actividad es un sacramento de devoción. Establecer la observancia del sábado como un elemento que define el “verdadero” cristianismo causa que una persona se pierda mucho del gozo y del poder de la verdad de que Cristo ha venido, y que en Él Dios ha establecido un nuevo pacto (Mateo 26:28; Hebreos 9:15) con todo aquel que cree en las buenas nuevas (Romanos 1:16; 1 Juan 5:1).

Como hemos visto, el sábado semanal fue una sombra, una insinuación de la realidad que todavía estaba por venir (Colosenses 2:16-17). Mantener la sombra como algo esencial para siempre es ignorar la verdad de que la realidad está de veras presente y disponible. Le roba a uno de ser capaz de tener completo gozo en lo que es realmente importante.

Podría ser algo así como continuar estando, atesorando y meditando en el anuncio del compromiso de uno para una futura boda mucho después de que la ceremonia se ha efectuado. Es el tiempo principal para primero poner la atención de uno en el cónyuge, y dejar que el anuncio del compromiso regrese a su propio lugar como un recuerdo placentero, como un paso hacia su propia meta verdadera.

Los lugares y los tiempos ya no son centrales para el contenido de la adoración del pueblo de Dios. La verdadera adoración, dijo Jesús, envuelve al espíritu y la verdad (Juan 4:21-26). El espíritu envuelve al corazón. Jesús es la verdad.

Cuando a Jesús se le preguntó, “¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras que Dios exige?” —Respondió: “Ésta es la obra de Dios: que crean en aquel a quien él envió” (Juan 6:28-29). Esa es la razón por la cual la adoración cristiana debe centrarse en Jesucristo, en Su identidad como el eterno Hijo de Dios y en Su obra como Señor, Salvador y Maestro.

¿Le agrada más a Dios?

Crear que la obediencia al mandato del sábado es el criterio por el cual seremos salvados o condenados en el juicio final, como muchos sabatistas han enseñado, es malentender tanto el pecado como la gracia de Dios. Si los guardadores del sábado son los únicos que se salvarán, entonces el sábado es la norma del juicio, no el Hijo de Dios que murió y resucitó de los muertos para nuestra salvación.

Los guardadores del sábado creen que le agrada más a Dios guardar el sábado que ignorar el sábado. Pero éste razonamiento no viene de la Biblia. La Biblia enseña que el mandato del sábado, junto con toda la ley de Moisés, ha sido reemplazada y trascendida por Jesucristo.

Por lo tanto, no “le agrada más a Dios” que nosotros guardemos el sábado que no lo guardemos; pues el sábado no fue dado para los cristianos. El elemento destructivo en la teología sabatista es su insistencia en que los guardadores del sábado son los únicos cristianos verdaderos y fieles, lo que significa que la sangre de Jesús no es suficiente para salvarle sin que usted también guarde el sábado.

La Biblia se opone a tal confusión doctrinal con muchas afirmaciones poderosas de que somos salvos por la gracia de Dios a través de la fe en Cristo sin obras de ninguna clase (Efesios 2:8-10; Romanos 3:21-22; 4:4-8; 2 Timoteo 1:9; Tito 3:4-8). Tales declaraciones sencillas de la sola suficiencia de Cristo para salvarnos sin la ley, contradicen plenamente la doctrina sabatista de que la salvación no vendrá a las personas que no guarden el sábado.

¿Es algo más piadoso?

No es un secreto que el guardador promedio del sábado siente que él o ella está haciendo algo más piadoso que los que no son guardadores del sábado. Considere éstas declaraciones de la anterior literatura de la Iglesia de Dios Mundial (WCG):

“Pero sólo aquellos que continúen obedeciendo el mandato de Dios de guardar el sábado entrarán finalmente al

4. Herbert W. Armstrong, ed., Curso Bíblico por Correspondencia del Colegio Ambassador, Lección 27, 58 lecciones (Pasadena, Calif.: Colegio Ambassador, 1964, 1967), 5. *Ibid.*, 12.

glorioso ‘reposeo’ del reino de Dios y recibirán el don de la vida eterna espiritual.”⁴

“Aquellos que no guarden el sábado no estarán llevando la señal sabática de Dios que identifica a Su pueblo, y por lo tanto, ¡NO NACERÁN DE DIOS a la venida de Cristo!”⁵

No sólo era considerada la observancia del sábado como más piadosa, se creía que nadie sería salvado sin ella. Considere ésta declaración de la literatura Adventista del Séptimo Día (ASD): “Así la observancia del domingo, en el contexto de ésta lucha escatológica, constituirá en el fin una marca distintiva, aquí mencionada como la marca de la bestia. Satanás ha exaltado al domingo como la señal de su autoridad, mientras que el sábado será la grandiosa prueba de lealtad hacia Dios. Éste asunto dividirá a la cristiandad en dos clases, y caracterizará al tiempo final de tribulación para el pueblo de Dios.”⁶

Ésta declaración muestra el concepto ASD de que guardar el sábado es el criterio que decidirá quién es fiel a Dios y quién no, un concepto que emerge de un malentendido fundamental de la enseñanza de Jesús y de los apóstoles y que promueve un corazón de superioridad espiritual.

Resumen

La teología sabatista está en contra de la gracia de Dios en Jesucristo y de la clara enseñanza de la Biblia. Como hemos visto, la ley de Moisés, incluyendo al mandamiento del sábado, fue dada a Israel y no a la iglesia. Aunque los cristianos deben sentirse libres de reunirse para adorar en cualquier día de la semana, no debemos cometer el error de pensar que hay alguna razón bíblica para escoger el sábado por encima de cualquier otro día.

Podemos resumirlo de ésta manera:

- Es contrario a la enseñanza bíblica decir que el séptimo día sábado es obligatorio para los cristianos.
- Es contrario a la enseñanza bíblica decir que a Dios le agradan más los guardadores del sábado que los que no

6. Don F. Neufeld, ed., *Enciclopedia Adventista del Séptimo Día*, Segunda Edición Revisada, M-Z (Hagerstown, Maryland: Review and Herald Publishing Association, 1966), 492.

son guardadores del sábado, ya sea que sean guardadores del séptimo día o guardadores del primer día.

- Es contrario a la enseñanza bíblica decir que un día es más santo o piadoso que otro para que la iglesia se congrege para la adoración.
- Un evento central del evangelio ocurrió en domingo, y esa es la base para la tradición cristiana de reunirse en ese día para la adoración.
- La resurrección de Jesucristo, el Hijo de Dios que vino como uno de nosotros para salvarnos, forma el fundamento de nuestra fe. Por lo tanto, reunirse para adorar en domingo es un reflejo de nuestra fe en el evangelio mismo. Sin embargo, reunirse en domingo no es algo mandado, ni tampoco adorar en domingo hace a los cristianos más santos o más amados por Dios, que reunirse en otro día de la semana.
- Es espiritualmente dañino creer y enseñar que a los cristianos se les requiere adorar ya sea en el sábado ó en el domingo, porque tal enseñanza establece el día de adoración como un aro legalista que uno debe atravesar para poder ser salvo.

En Diciembre de 1994, después de mucha oración sincera, estudio bíblico cuidadoso, investigación histórica y búsqueda con el alma, la Iglesia de Dios Mundial cambió su historia de 62 años de sabatismo. Hoy, en su Declaración de Fe, el artículo titulado “El Sábado Cristiano” lee:

El sábado cristiano es la vida en Jesucristo, en quien todo creyente encuentra el verdadero reposo. El séptimo día sábado semanal, que fue mandado a Israel en los Diez Mandamientos, fue una sombra que prefiguraba la verdadera Realidad a quien señalaba—nuestro Señor y Salvador Jesucristo. (Hebreos 4:3, 8-10; Mateo 11:28-30; Éxodo 2:8-11; Colosenses 2:16-17)

Un pensamiento final

Como seguidores de Jesús, debemos aprender a no condenarnos unos a otros en las decisiones que tomamos en armonía con nuestras conciencias ante Dios. Y debemos ser honestos con nosotros mismos acerca de las razones que están detrás de nuestras decisiones. El Señor Jesucristo ha

Comparación de Formas de Adoración	
Días Santos de Levítico	Fiestas cristianas
<p>23</p> <p>Recuerdan la liberación de Israel por Dios de la esclavitud en Egipto a través de los eventos del Éxodo y del caminar por el desierto (Éxodo 12:26-27; Levítico 23:43)</p>	<p>Recuerdan la liberación de todos los pueblos por Dios a través de los eventos de la vida, muerte y resurrección de Su Hijo, Jesús (Lucas 2:8-11; 22:19-20; 24:44-48; Hechos 2:17; 1 Juan 2:1)</p>
<p>Detallados en el código de la ley (Éxodo 12; 13:3-10; 23:14-19; Levítico 16; 23; Deuteronomio 16)</p>	<p>Emergen de la fe en Jesucristo como el Hijo de Dios y el Señor resucitado (Gálatas 3:26; 5:1; 1 Timoteo 2:8; Juan 4:23-24; Romanos 12:1; Filipenses 3:3)</p>
<p>Centrados en la adoración en el Tabernáculo/ templo (Éxodo 25:8; 1 Reyes 6:12-</p>	<p>Centrados en la redimida comunidad de fe (Hechos 17:24; Efesios 3:16-19; Juan 14:23; 1 Corintios</p>

introducido a los creyentes a Su reposo divino, a la paz con Él en pleno favor con Dios. Ojalá que, nosotros que amamos a Dios, crezcamos en amor los unos por los otros como Jesús lo mandó.

Reflexión

Capítulo Uno

1. ¿Qué ha reemplazado a la ley de Moisés (Toráh), y sus Diez Mandamientos?
2. ¿Cuáles eran las limitaciones del pacto sinaítico? ¿Cuál era su propósito?
3. ¿A quiénes fueron dados los Diez Mandamientos? ¿Son ellos parte de las regulaciones de adoración del pacto que Dios le dio al antiguo Israel?
4. ¿En qué se basa el nuevo pacto, y por qué es superior al pacto mosaico, conocido como el “antiguo pacto”?
5. ¿Cuál era el propósito de las regulaciones de adoración mosaicas dadas a Israel, tales como el sábado semanal, las fiestas anuales, la circuncisión, los rituales de purificación y las leyes de alimentación?

Capítulo Dos

1. ¿Qué significa estar “bajo la ley”?
2. ¿Cuál “ley” ha reemplazado a la ley dada a Israel en el Sinaí?
3. ¿Qué significa estar “bajo la ley de Cristo”?
4. ¿Cuál es el “mandamiento más importante” de la ley de Dios? Explique cómo opera ésta ley dentro de nosotros
5. ¿Qué significa Romanos 10:4 cuando dice que Cristo es el “fin de la ley”?
6. ¿Es conformarse a las normas de conducta moral, algo suficiente para ser contados como agradando a Dios bajo el nuevo pacto?

Capítulo Tres

1. ¿Era la ley de Dios para el antiguo Israel algo temporal ó era algo para todas las personas que hayan vivido?
2. ¿Qué ley o principio resume toda la enseñanza del Antiguo Testamento contenida en la ley y los profetas?
3. ¿A qué señalaba el reposo físico del sábado dado en la ley?
4. ¿A qué tipo de “reposo” se refiere la frase en Hebreos 4:9, “queda todavía un reposo sabático para el pueblo de Dios”?

5. Ya que Jesús guardaba el sábado como lo hacían los judíos de ese entonces, ¿por qué Su accionar no es un ejemplo para los cristianos?

6. ¿Por qué la declaración de Jesús en Marcos 2:27 no nos dice que todas las personas y naciones deben guardar el reposo físico del sábado?

Capítulo Cuatro

1. ¿Qué debía aprender el antiguo Israel acerca de Dios a través de su práctica de los cientos de mandatos de adoración que Él le dio a la nación?

2. ¿Cuál fue el significado de la rotura del velo del templo al tiempo de la crucifixión de Jesús?

3. ¿Por qué es importante que nosotros entendamos la historia de Israel en el Antiguo Testamento?

4. ¿Demanda la nueva obra que Dios ha hecho a través de Jesús y en el Espíritu Santo, una nueva respuesta de adoración de parte de los cristianos?

5. ¿A quién y qué celebran los cristianos en su adoración?

Capítulo Cinco

1. ¿Por qué la adoración cristiana se enfoca en el contenido y el significado en vez de enfocarse en la forma y el tiempo?

2. ¿Cuál gran evento en la vida de Jesús ocurrió en domingo?

3. ¿Por qué el domingo no es un “día santo” para los cristianos en la forma que lo era el sábado para el antiguo Israel?

4. ¿Qué eventos y situación terminaron la autoridad para la observancia del sábado?

5. ¿Qué está mal en el concepto de que seremos salvados o condenados en el juicio por nuestra obediencia al mandato del sábado?

6. ¿De qué manera la creencia de guardar literalmente el sábado está en contra de la gracia de Dios?

Si Usted Desea Conocer Más...

Éste folleto es publicado por la Iglesia de Dios Mundial, una denominación que tiene miembros y ministros en más de cien naciones. Si usted desea conocer más acerca del evangelio de Jesucristo, ofrecemos ayudarle.

Primero, ofrecemos servicios semanales de adoración en cientos de congregaciones alrededor del mundo. Quizás le gustaría visitarnos en alguna ocasión para alabar a Dios con cantos, escuchar un mensaje basado en la Biblia, o conocer a algunas personas que han encontrado descanso en Jesucristo. Tratamos de ser amigables, pero sin hacerle sentir incómodo. No esperamos que los visitantes nos den dinero —usted no tiene ninguna obligación. Usted es un(a) invitado(a).

Para encontrar una congregación, puede usted escribir a alguna de nuestras oficinas (las direcciones están enlistadas en la página 60). Para una atención más rápida, puede llamarnos por teléfono y averiguar cuándo y dónde nos reunimos. O puede consultar nuestra página en la internet—www.wcg.org/Espanol—para los horarios y localidades de las reuniones de las congregaciones, nombres de los pastores, números telefónicos y direcciones de correo electrónico. También encontrará una amplia variedad de otras publicaciones en nuestro sitio de la internet. Siéntase en la libertad de navegar la página para hallar los tópicos de su interés.

Si no tenemos una congregación cercana a usted, entonces le animamos a encontrar otra iglesia cristiana que enseñe el evangelio de la gracia.

Segundo, ofrecemos orientación personal. Si tiene preguntas acerca de la Biblia, la salvación o la vida cristiana, entonces nos dará gusto platicar con usted. Si quiere dialogar sobre el arrepentimiento, la fe, el bautismo u otros asuntos, un pastor cercano puede dialogar con usted sobre esto por teléfono o hacer una cita para un diálogo más extenso. Estamos convencidos que Jesús ofrece gratuitamente lo que la gente necesita más, y nos da mucho gusto compartir las buenas nuevas acerca de lo que Él ha hecho

por nosotros. Nos gusta ayudar a las personas a encontrar nueva vida en Jesucristo, y a crecer en esa nueva vida. ¡Venga y vea porqué creemos que son las mejores noticias que pueden haber!

No hay ningún cobro por ésta orientación, o por nuestra literatura. Es ofrecida como un servicio, pagado anticipadamente por miembros de la iglesia que donan una porción de sus ingresos para apoyar el evangelio. Jesús dijo a Sus discípulos que compartieran las buenas nuevas, y eso es lo que nos esforzamos por hacer con nuestra literatura, con nuestros servicios de adoración y con nuestra orientación personal.

Si éste folleto le ha ayudado, y desea pagar algunos gastos de imprenta para que otras personas puedan tener una copia, todos los donativos son bienvenidos con mucho agradecimiento. En los Estados Unidos, Canadá y algunas otras naciones, los donativos son deducibles de impuestos. Si usted no puede contribuir con nada, no se preocupe por